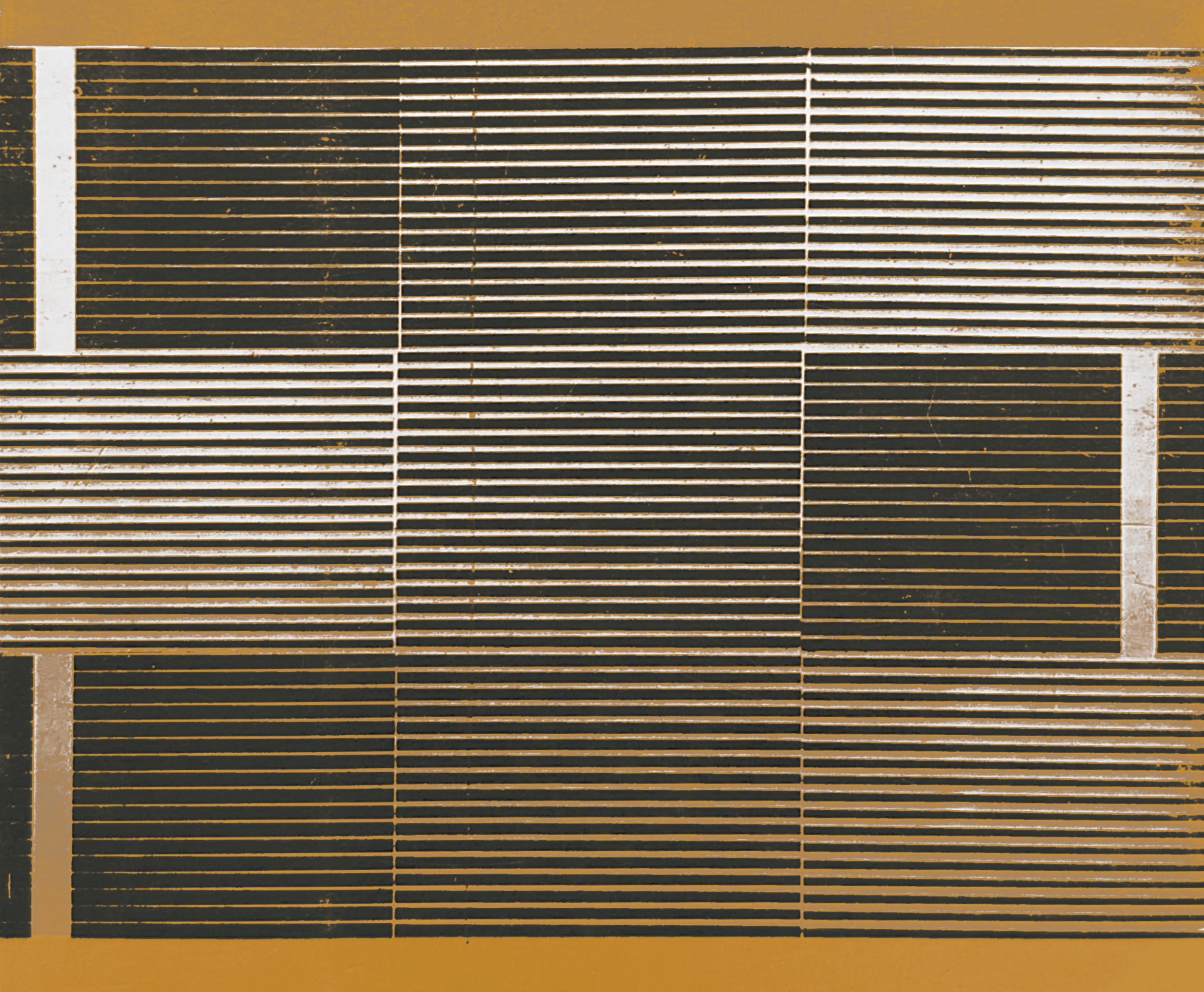
EL OSCURANO



OSMAN ARANGUIBEL

OSMAN ARANGUIBEL me ha dado el difícil encargo de presentar a los lectores su narración intitulada "El Oscurano". Aranguibel ha ejercido en la docencia y en el periodismo con éxito. Es una personalidad conocida en el mundo de las relaciones públicas. Pero él ha sido poseído permanentemente por el demonio de la literatura. De aquí que gran parte de su tiempo de profesional lo haya invertido en el logro de una creación literaria, circunscrita al complejo campo del relato. Aranguibel, como todo escritor, ha querido hacer partícipe de su hazaña creadora a desconocidos e innumerables usuarios, mediante la publicación de su interesante narración, que dentro de la terminología literaria se inscribe en la que acostumbramos a llamar cuento.

De acuerdo con el código de los lectores de nuestros días, el cuento entre nosotros ha experimentado una serie de variaciones, que van del "realismo mágico" anotado por Uslar Pietri en la cuentística del 28, hasta la complicada búsqueda verbal y sintáctica, en la cual el objeto domina al personaje, presente en la producción narrativa de los más jóvenes.

Es posible que un lector actual se encuentre perplejo frente a lo que se quiere llamar cuento en la literatura venezolana del momento. El cuento a la manera latinoamericana, con una gloriosa tradición, en la que han brillado cuentistas de la talla de Horacio Quiroga, Mariano Latorre, Enrique Amorim, Juan Rulfo, Cortázar, Uslar Pietri, Guillermo Meneses, está en nuestros días frente a una encrucijada casi indescifrable. El cuento, que fue una narración, fundamentalmente de menor extensión que la novela, con personajes insinuados y un fondo lírico de impredecible motivación, ha caído en algo que no logra cristalizar. Se pretende a última hora prescindir de la anécdota, de todo sujeto y de las expansiones líricas que servían de marco al proceso del relato. Se quiere variar una estructura de siglos que ha servido a maestros como Barthes, para señalar en todo cuento tres niveles: el nivel de las funciones, el de las acciones y el de las narraciones. La función, como dice Barthes, sólo tiene sentido si se ubica en la acción general de un actuante y esta acción se desenvuelve, naturalmente, en el código del discurso.

La narración que nos ofrece Aranguibel está dentro del código tradicional. El procede de las mejores influencias en el género. Por lo tanto delinea personajes y nos los presenta dentro de un espacio que él sabe descubrir con elegancia. El asunto del cuento, que gira en torno a una historia compuesta de varias alternancias, tiene como referente al sujeto de la acción, que es El Oscurano. Hay un narrador omnisciente, que abarca con su mirada el proceso seguido por los personajes. Nada se salva de la vida tortuosa de El Oscurano. Sin compartir con el autor lo esencial de la anécdota, comprendemos que ha hecho un esfuerzo importante, tanto a nivel de la historia, como a nivel del discurso, para ofrecernos una estructura narrativa de significativos logros.

Hay que destacar en esta incursión de Aranguibel como narrador, su preocupación por mantener el lenguaje a cierta altura estética, sin que se quiera decir con esto que el autor pertenezca a la pléyade de los hoy desacreditados estilistas de otros días.

Es indudable que Aranguibel usa con cierto dominio la palabra, e invita al lector a penetrar en la atmósfera de la aventura del pensamiento, mediante su fluido discurso narrativo.

Pensamos que Aranguibel se inscribe en la nómina de los que creen en el poder significativo de la palabra. No le han perturbado las nuevas tendencias. No es de los que intentan destruir el mensaje que emana del sujeto, mediante las técnicas hurtadas a la fotografía y al cine. Aranguibel sigue creyendo en la función de la literatura, como lo que ha sido y lo que es: para ser leída. De allí sus personajes, delineados con gran naturalidad, enmarcados en un espacio familiar al lector, iluminado por la palabra del narrador omnisciente.

Esperamos que su esfuerzo encuentre la mejor acogida entre sus lectores y que desde ahora en adelante, su nombre sea añadido con merecido reconocimiento a la lista de los nuevos narradores venezolanos.

PEDRO DIAZ SEIJAS

Paparo, 12 de agosto de 1982

EL OSCURANO

Portada: *Oswaldo Subero*
Foto: *Pedro Pulido*
Impreso en Venezuela
por Ediciones Grabados Motta.

OSMAN ARANGUIBEL

EL OSCURANO

Caracas, abril 1983

A Elena

A mis hijos

A Rafael Simón Meléndez
y Omar Godoy Paolini

A

1

LA marcha es lenta, con paradas frecuentes para que se cambien los anderos. Pero nadie acusa cansancio, ni aburrimiento, ni intención de desistir. Una fuerza hecha de misericordia y devoción mueve los pasos de todos.

Sólo el tejido de lumbres de las velas desafía la retama de la noche. De esta noche que no debió pertenecer a ningún día y menos a un domingo de un pueblo como Butaque.

Los susurros llorosos siguen la letanía del sacerdote. Suben de tono a veces, retumban en las fachadas de las casas y van a enredarse con el incienso de los dobles. La plegaria estremece los rostros distantes de los niños, que miran enmudecidos la fila de ataúdes.

Un zagaletón secretea al grupo de chiquillos de una esquina: "Primero llevan a Juan Pablo Cornieles. Después siguen Renato Valecillos, Jacinto Berroterán, Damián Sojo, el Picure Linares, Checame Briceño y Rodrigo Morales"... La cruz de nardos que va de última es en memoria de Clodomiro Rosales, a quien dan también por muerto, aun cuando su cadáver, pese a la afanosa búsqueda, no ha podido ser hallado.

Ocho en total, que apenas ayer en la mañana compartieron con su alto valle la alegría de soñar y ahora, inmóviles, van a la cabecera de un cortejo fúnebre jamás visto en esta tierra y que ellos mismos nunca se habrían imaginado.

Nadie de los aquí presentes podría contar un hecho semejante. Y eso que entre los hombres y mujeres acompañantes, que son casi todos los de esta comunidad y sus alrededores, hay algunos que tramontan con lucidez el escalón de los cien años... Hubo accidentes sí, que segaron otras vidas también enraizadas en el querer de las gentes. Pero en ningún caso se tuvo la dolorosa necesidad de un entierro colectivo bajo el velo engañoso y poblado de temores de la noche.

Las andas se mueven pausadamente. Entre las quejumbrosas oraciones, muchos buscan una respuesta a esta tragedia. Algunos, como Juan Andrés Briceño, hermano del maestro

Checame, se abstraen con más frecuencia o facilidad y logran aislarse del cortejo... "Dios te salve María...". "*¿Cómo pudo ocurrir de esta manera?*"... "*¿Obra de la pura mala suerte?*" "...por ellos y por nosotros los pecadores"... "*Parece que aquí anduviera rondando alguna maldición*".

Del grupo de ocho, Clodomiro Rosales era el único no nacido en Butaque. Pero por su larga permanencia en el pueblo, años atrás, y por sus constantes visitas que a veces se extendían hasta quince días o un mes, se lo consideraba como un paisano más y era apreciado y bien recibido en todas partes... El viejo Bachiller Nicomedes Bastidas, maestro retirado, lo recuerda ahora bien. Había venido la primera vez hacía quizás veinte años. Alquiló una casa una cuadra más abajo de la plaza y allí se instaló con su mujer. Poco después montó una bodega. Por su espíritu parlanchín y festivo logró relacionarse en poco tiempo con la mayoría de los vecinos. Decía que hubiera sido uno de los mejores abogados, pero que cuando iba a comenzar en la universidad, a los diecisiete años, murieron sus padres y no pudo continuar... "*La verdad es que este Clodomiro era un hombre curioso*"... En ese primer tiempo también contaba que había sido policía, chofer, guardia nacional, empleado de un taller mecánico y portero en un periódico de Caracas... "*Era más lo que inventaba*"... A los seis o siete años de vivir en Butaque, vendió la bodega, recogió sus pertenencias y se marchó. Nadie supo nunca con preci-

sión dónde nació. A algunos les había dicho que provenía de las cercanías de Cagua, en el Estado Aragua. A otros que era oriundo de Chichiriviche, en Falcón. Y a otros más que fue alumbrado en Las Tejerías y bautizado en Los Teques... *"Con razón lo llamaban Oscurano"*... Y aun cuando su cédula de identidad señalaba a Baruta, en las proximidades de Caracas, como el lugar de nacimiento, gustaba de celebrar entre gracias que ese dato era falso y que lo había dado, con dos testigos también falsos, a la hora de solicitar un justificativo, cuando todavía no tenía la mayoría de edad, para poder contraer matrimonio... Don Nicomedes mira con afecto hacia la cruz. *"Era un diablo Clodomiro. Dios lo tenga en la gloria"*.

Y es verdad. Más que la cruz de nardos, hacen presente el recuerdo del Oscurano entre sus amigos del cortejo las increíbles historias que en torno a él se han contado —muchas tal vez producto de su imaginación alborotada— y las innumerables anécdotas de cuando sorpresivamente volvía al pueblo. En el entierro, el sitio reservado a la cruz es el único que no cuenta con familiares de la víctima. Pero también es quizás hacia donde más persistentemente se dirigen las miradas de la adolorida procesión.

Desde la iglesia —donde fue oficiada una misa de cuerpo presente a las siete de la

noche—hasta la Vuelta del Herrero, hay una distancia en línea recta de ocho cuadras. Allí, para dirigirse al cementerio, se tiene que girar a la derecha y luego tomar una larga y accidentada cuesta que nombran El Empedrado.

Podría decirse que todos los que asisten al sepelio estuvieron sin falta en cada velatorio. Los familiares de los muertos habían levantado sus catafalcos desde las primeras horas de la noche del sábado. Los cadáveres, ya acomodados en sus urnas, llegaron al pueblo más o menos a las nueve. Fueron recibidos en la plaza, entre lamentaciones y demandas de ayuda al Todopoderoso, y allí mismo les fue dicho un rosario. Después pequeños grupos se llevaron los ataúdes en distintas direcciones. Al cuerpo del Picure Linares, que sobrevivió inconsciente por un día en el hospital, lo trajeron a las seis y media de esta tarde, directamente hasta la iglesia.

Las gentes iban en romería de un reso a otro. Aturdidos, desencajados, apenas los más serenos atinaban a hacer comentarios, a reconstruir algún detalle del amigo caído o a asomar una suposición con respecto al accidente.

En la Casa del Telégrafo fueron velados los restos de Rodrigo Morales. El había aprendido el alfabeto Morse con un anciano telegrafista de apellido Roldán venido de Carache, que quince años atrás ejerció aquí en Butaque. A cambio de que lo enseñara a trasmitir y recibir telegramas, le hacía mandados y le limpiaba la

casa. Cuando el Viejo Roldán resolvió retirarse, logró que a Rodrigo lo dejaran en el puesto, y allí estuvo por nueve años consecutivos desde entonces... Dolientes y amigos casi sentían en la oficina contigua los pasos de la figura desgarbada, de prematura calvicie y andar parsimonioso. Era como si lo vieran por encima del tabique de madera desgastada, sentado frente a la modesta mesa de trabajo, con su acostumbrada indumentaria de camisa manga larga a cuadros y los pantalones de caqui... Hasta allí fue a conversarle Clodomiro Rosales, el viernes por la tarde, para que se uniera a la excursión del día siguiente. Se trataban como dos buenos amigos. Solían armar largas y ruidosas partidas de dominó, en la parte posterior de la casa, a las que el Oscurano casi siempre iba acompañado de su compadre Reinaldo Franquínez, Técnico Jefe de la Granja Agrícola del Ministerio de Agricultura y Cría, y asistía invariablemente el Picure Linares, guitarrista "oficial" del grupo. Iban también otros allegados, entre quienes muy de vez en cuando se contaba Juan Pablo Cornieles... Adela, esposa de Rodrigo, estaba presente cuando el Oscurano fue al Telégrafo. "El lo convenció para que los acompañara". Refirió algunos otros detalles y agregó con amargura: "Ya por la noche me confesó que quería ir con ellos: 'Mañana hay poco tráfico —me dijo—. Tú puedes encargarte. Volveré por la tarde'. No comentó más nada. Esta mañana se paró temprano, bebió café y se fumó un cigarro. Después se montó en el camión cuando vinieron a buscarlo".

A cuatro cuadras de la iglesia, en la misma calle principal, una apretada concurrencia desbordada hacia la calzada y los alrededores, con apreciable mayoría de jóvenes y niños, anunciaba el velorio del maestro Checame. Entre los asistentes se confundían numerosas caras extrañas, de personas venidas de Trujillo, de Valera y otras localidades vecinas. Varios de ellos eran educadores que habían hecho con Checame los cursos del Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, en Caracas. Como él, habían empezado a ejercer la enseñanza, en diferentes pueblos, sin ser titulares. Y fueron también sus compañeros en el esfuerzo de superación y en el momento de gloria de recibir la credencial. Ahora compartían el dolor de esta desgracia... Dentro, viejos y jóvenes se alternaban en guardias sucesivas junto al féretro. El rostro de Checame se veía sin lesiones ni deformidades a través del cristal del ataúd. El tono curtido de la piel disimulaba incluso la palidez de la muerte.

Juan Andrés comentó ante un pequeño grupo de compañeros que su hermano le había relatado el proyecto del viaje dos días antes del accidente. Le expresó que los más entusiastas eran Clodomiro Rosales y el Picure Linares. Según aquella conversación, todo quedó definitivamente convenido cuando, a la salida del cine y tras largos ruegos de Renato Valecillos, Juan Pablo Cornieles —tío de éste— aceptó prestar el camión y participar en lo que desde un comienzo los promotores denominaron "el paseo". La alegría que, de acuerdo con lo

dicho por Checame, mostraron el Oscurano y el Picure dió a entender a los demás que ellos desde un principio pensaban más en una excursión festiva que en un viaje de trabajo. Tan fue así que el Oscurano no dudó en decirle al Picure con voz de triunfo: "Prepara la guitarra. Llévate un juego de cuerdas de repuesto". Después dizque agregó: "Yo me encargo de decirle a Rodrigo Morales y al compadre Franquínez. Checame que convenza a Damián". ...Por la amistad con todos ellos o por sus deseos de pasar un día distinto, lo cierto es que Checame regresó aquella noche a la casa ganado por la idea de la esperada correría. Lo único discordante que él recordaba haberle oído fue: "No sé, pero no termino por entender a este Oscurano. Uno no sabe a qué atenerse. Es un tipo muy raro".

En la siguiente bocacalle a la izquierda, en la casa de Juan Pablo Cornieles se hacían dos velorios en uno. El centro de la sala estaba ocupado por las urnas donde yacían los cuerpos de Juan Pablo y su sobrino Renato... Desde cuando éste era un zagaletón, trabajaba con el tío como ayudante en el camión que servía de fuente del sustento. Transportaban habitualmente la panela de los ingenios vecinos hasta los comercios de Valera y Trujillo. A veces hasta Barquisimeto y Maracaibo. Renato y su hermana Maritza eran huérfanos desde la adolescencia. Ella se había casado con un albañil de nombre Ezequiel Pedroza y vivía en La Plazuela, muy cerca de Trujillo. El era soltero y tal vez por esta razón

se cobijó bajo el alero del grupo familiar de su tío... José María, el mayor de los tres hijos de Juan Pablo, era contemporáneo de Renato y lindaba en los veintiseis años. "Cuando las cosas están para suceder —dijo a modo de confidencia, ya tarde de la noche—. Mi primo jamás había hecho una exigencia como esa a mi papá. Por eso el Viejo puede que no haya encontrado palabras para negarse y lo complació. Estaba escrito". Después, con cierto dejo de remordimiento, añadió: "Pero Renato el favor que pidió fue que le llevaran los bloques de cemento a Pedroza. El que armó la parranda fue el fulano Oscurano, que ni se sabe si de verdad está muerto"... Su madre Engracia logró oirlo y tomado de un brazo se lo llevó para un lugar aparte. Casi en secreto lo reconvino.

Al final de la Calle del Río, en la parte más alta, por donde los vehículos tienen vedado el paso, las gentes acompañaban el cadáver de Jacinto Berroterán y ensayaban explicaciones a su trágico y extraño destino. El había sido agricultor desde siempre y muy pocas veces usó otro medio de transporte que no fuera uno de los tres asnos que tenía para sus labores del campo. Era también el más humilde de los ocho fallecidos. El solo aspecto exterior de la vivienda, donde por tantos años compartió su existencia con su mujer Adelina y sus cinco hijos, mostraba palpablemente las condiciones de precariedad que lo rodearon... La caja mortuoria ocupaba toda la salita de piso de tierra. Algunas figuras desvaídas se mantenían de pie

a su alrededor. El grueso de personas se veían en la obligación de regarse hacia el frente de la casa o hacia los alerones del corredor o hacia los vericuetos del patio. En su mayoría eran también agricultores... Adelina contaba a retazos en el aposento, entre sollozos contenidos, que él estaba recostado cerca de la puerta, ya casi al final de la tarde del viernes, como acostumbraba hacerlo después de regresar del conuco, cuando pasaba y se detuvo a saludarlo Juan Pablo Cornieles. Durante toda la vida se habían tratado como hermanos y hasta se decían "compadres" sin serlo. Juan Pablo muchas veces le llevó a vender a los mercados los bultos de plátano y de yuca o, en algunas ocasiones, pequeñas cosechas de maíz. El Viejo tenía una querida más arriba y pasaba ciertas tardes o noches por aquel solitario remedo de calle. Así sucedió el día del penúltimo encuentro. A punto de marcharse, Juan Pablo largó la invitación: "¿Por qué no vais conmigo mañana en el camión a buscale unos bloques a Pedroza, el de mi sobrina Maritza? Es allí mismo a Monay y van con nosotros unos cuatro o cinco más. Ya están comprometidos, que yo sepa, Checame Briceño, Damián y el Picure, mi sobrino Renato que es el más interesado y hasta el fiestero de Clodomiro Rosales, al que montaremos en su cueva de la salida. ¡Ah!... y Franquínez, que fue uno de los primeros en dar su palabra". Jacinto dizque habría contestado: "Pero bueno, ¿y dónde van a caber entonces los bloques? Dígame que vamos pa un convite compadre y así nos entendemos más claro.

Aunque si usté va, que es hombre serio, yo no tengo por qué dudar. Póngame la hora en que salimos y yo lo acompaño compadre". Para despedirse, Juan Pablo le explicó: "Váyase pa la esquina del telégrafo a las cinco y allá lo recojo... Así cambia un poco lo de todos los días".

Reinaldo Franquínez recorrió también uno por uno todos los velorios. A las casas de sus amigos muertos llevó su palabra de consuelo y su apoyo para los arreglos necesarios. El se había dado toda clase de ánimos para coordinar con unos pocos las diligencias del rescate y también de las exequias. Aun cuando experimentaba la sensación de haber vuelto a nacer, por la milagrosa circunstancia de haberle sido imposible viajar a última hora, se encontraba duramente abatido y no se cansaba de lamentar, en una y otra parte, que de ese modo absurdo hubiese terminado la inocente alegría de aquel viaje, pensado para hacer un servicio y no para causar daño... Así, en la subida hacia El Cerrito, en el garaje sin techo de la casa de Damián Sojo, confesó: "Esto, por todos lados, parece una jugada del destino. Fíjense que hasta yo, que no soy muy dado a estas parrandas, estuve de acuerdo desde el comienzo en ir... Cuando mi compadro Clodomiro me lo dijo el lunes, no lo pensé dos veces. Y eso que entonces era solamente un proyecto. Faltaba aún lo más importante: precisar a Juan Pablo con lo del camión, pero eso lo daban por descontado. Todos los días conversábamos del avance de los preparativos. Mi compadre tenía metido el pa-

seo en la cabeza como un remolino. Creo que ya el martes me anunció que habría un sancocho y carne asada en La Plazuela, donde Ezequiel Pedroza, cuando termináramos de descargar. Y el miércoles por la noche no cabía en su pretina, de contento, cuando me contó que el Viejo había dado su consentimiento y que antes de amanecer el sábado sería la partida. Ustedes saben cómo era mi compadre de entusiasta y empeñoso. Pienso que no convidó a más porque era imposible que cupieran encima de los bloques"... Cerca del maltrecho carro de plaza de Damián, testigo excepcional del diálogo y una como segunda imagen del difunto taxista, uno de los vecinos contertulios le razonó a Franquínez: "Pero es que con todo y la desaparición de Clodomiro, no se puede decir que esté muerto. ¡Claro!, es muy seguro que las aguas crecidas hayan cargado con su cuerpo. Pero, no sé... algunos hemos pensado que él bien pudo ir manejando y al producirse el volcamiento y caer todos al río, logró por pura suerte salir con vida. Si fue así, nada tendría de raro que trastornado por los golpes y por la horrible impresión del accidente y de sus compañeros muertos, se saliera de sus cabales y se diera a la fuga... Bueno, eso se le ocurre a uno, sobre todo porque no ha quedado ni siquiera un rastro de él. Ni la gorra que cargaba siempre, ni un zapato, ni nada que se le parezca". "¿Y vos creeis —observó otro— que él se hubiera puesto a recoger todo eso si lo que resolvió fue irse?"... Se trataba sólo de suposiciones al aire en la noche consternada. Parte de las reflexiones sin fin y a

veces sin sentido con las que los corrillos de familiares y amigos pretendían amainar la pena o buscar el sostén de una razón a la pesadilla colectiva. Como ocurrió frente a la iglesia, debajo de un árbol de la plaza, donde el mismo Franquínez casi llegó a inculparse: "Yo siento un gran peso de culpa, porque si me hubiera negado y desde el principio hubiera hecho desistir a mi compadre de esa idea, él jamás habría ido. Y al no ir él, que era el motor del viaje, todo se habría desbaratado y ahora no estaríamos lamentándonos. En mi caso, más obligado estaba a impedir ese riesgo. Y puedo asegurar que más necesitado. Porque, esta es la primera vez que lo digo, mi compadre Clodomiro me estaba ayudando reservadamente, con todos sus contactos que tenía en Caracas y otras partes, a localizar el paradero de mi mujer Ernidia, no para arreglar lo del divorcio, que ya está muy andado, sino para buscar que pudiera encargarse del cuidado de mi hijo Juan Reinaldo"... Las luces de la puerta de la iglesia se recortaban casi nítidas en el vidrio derretido de los ojos de Franquínez. Al final pudo agregar: "Hace seis meses, cuando ella se fugó de la casa, pensaba salir adelante con la atención del muchacho. Bregué como un loco con esa intención. Pero al pasar el tiempo, solo y teniendo que trabajar, como ustedes lo saben, esto se me ha vuelto muy difícil. Para completar, el carajito no deja de pensar en ella y más parece un enfermo que otra cosa... En este aprieto me estaba ayudando mi compadre y sé que lo hubiéramos logrado. Por eso siento tanto su muerte, como las de los

demás. Y por eso me duele no haberlo apartado a tiempo de su loca ocurrencia. Porque casi podría decirse que fue él quien arrastró a los otros, sin querer, hacia este triste fin".

Ahora, al pasar frente a la escuela, el cortejo se detiene. Los muchachos sacan siete mesitas bajas del interior del caserón y allí colocan los ataúdes, en mitad de la calle.

Un alumno de sexto grado lee tembloroso en un papel unas palabras que le ha escrito y le ha ensayado durante el transcurso del día el venerable maestro Nicomedes Bastidas.

"Con este humilde acto, nosotros los estudiantes de Butaque, queremos rendir nuestro homenaje y dar la postrera despedida a todos los queridos conterráneos que ayer entregaron sus vidas al más allá y cuyo sepelio este pueblo inconsolable está efectuando en los presentes momentos.

"Entre ellos está, compartiendo el designio de la muerte, como supo compartir los sinsabores y alegrías de su tierra, el guía de nuestros pasos y estímulo de luz en nuestra formación, el inolvidable profesor José del Carmen Briceño.

"Todo su amor al estudio y su preocupación por el prójimo y por un futuro de grandeza para Venezuela los trasmitió a nosotros, con bondad, con sencillez, desinteresadamente. Esto lo sabemos más que nadie sus alumnos. Y

por eso decimos que nunca tendremos con qué pagar y reconocer su labor. Todo el bien que hizo queda sembrado en nuestros corazones. Pero si ese no hubiera sido el caso, nos bastaría el esfuerzo conque logró ir alcanzando metas más altas como pedagogo para considerarlo un ejemplo que jamás olvidaremos".

El muchachito, de once o doce años, habla desde la acera con voz afectada, como si fuera una persona mayor. Tiene el papel en la izquierda y acciona de vez en cuando con la derecha. Pero los oyentes no reparan en sus gestos, porque están transportados y porque se sienten traducidos en lo que está diciendo.

"También para nosotros fue Checame..., simplemente el maestro Checame Briceño. Porque fue nuestro amigo, en la escuela y fuera de ella. Siempre con el respeto que se merecía, era nuestro compañero de juegos y de luchas por el progreso de todos.

"Ahora se ha ido y nos quedamos en la mitad del camino en la campaña que veníamos librando, él, otros maestros y nosotros los estudiantes, para lograr la creación de un Ciclo Básico en esta importante población de Butaque. Pero seguiremos adelante, unidos más que nunca, guiados por la lección que nos dejó. Y el día de triunfo cuando inauguren en nuestro terruño ese Ciclo Básico, tendrá que llamarse, porque así lo pediremos, 'José del Carmen Briceño'.

"Se va con algunos de nuestros padres y hermanos y primos... Cada uno de ellos, aquí presentes por última vez, es un pedazo de nuestras vidas. Guardaremos siempre con luto esta fecha amarga. Por ahora solamente nos queda decirles con dolor: ¡Adiós!".

El niño baja el papel y busca entre el espeso silencio la señal de aprobación de don Nicomedes Bastidas. Centenares de espejos titilantes le devuelven la tristeza de las velas encendidas.

José María Cornieles no aparta su cabeza de la escena de la tragedia. Muy cerca de sus pasos, el féretro oscilante de su padre.

Desde cuando Franquínez lo llamó para el frente de la casa, urgido y con el semblante descompuesto, comprendió que algo fuera de lo común estaba sucediendo.

—Que no se entere tu mamá... Las gentes que fueron a Monay han tenido un accidente grave.

—¿Dónde?

—En la Curva de Tucutuco... Dile que ya vuelves y vámonos.

Más arriba se les unió el Prefecto, Manuel Carrasco. Un autobusero que bajaba de Trujillo había dado el parte en una esquina de la plaza, a las tres y media de la tarde. Cuando el carro en el que ellos se marchaban enfiló hacia la salida, ya la noticia era una tolvanera despiadada que sacudía los techos de las casas.

—Parece que no hay ninguno vivo —dijo Carrasco, forzando las palabras de su garganta reseca—. Los bloques los ayudaron a matarse... Hace como media hora.

José María sintió un sacudimiento que retorció sus nervios y tendones, hizo saltar las sienes y encajonó toda la sangre en la mitad del pecho. Después el estallido en las pupilas y un tímido temblor de frío sobre la piel.

Se había derrumbado el apego piadoso a una última esperanza... Sobre las imágenes fugaces del paisaje quedaba sobreimpuesta, inconmovible, la del Viejo. Corpulento, pelo cano, de tez blanca. Bonachón, afable, cariñoso... La sonrisa con el diente de oro y la hendidura en la barbilla. Las camisas blancas almidonadas, el reloj plateado con la hebilla de cuero y el fino anillo de oro... Las fotos junto al camión, el baile de liquiliqui en Las Mesetas, los mediodías de la Semana Santa... El primer bulto de la escuela, su mano sobre el hombro y su palabra Chema..., Chema.

—¡Tan buen chofer que fue Juan Pablo,

carajo! —volvió a decir el Prefecto—. ¡Tan experimentado!

—Tiene que haber sido una falla mecánica —opinó Franquínez—. Tal vez la dirección.

—¡Y justo en esa curva maldita!

—Ya deben estar allí la inspectoría y la guardia...

—Seguro. El chofer del autobús contó que había bastante gente y que los estaban sacando. El camión quedó despedazado.

—Ya estamos llegando.

El tumulto, las carreras, los silbatos del tránsito... La debilidad en las piernas y la falta del aire en los pulmones.

Al fin, la visión desde el barranco. Los restos regados por toda la ladera. La plataforma del camión sobre el techo de casilla, casi en mitad del río, con las ruedas delanteras al aire. Y cuatro o cinco cuerpos cubiertos con fardos en la playa.

Entonces el descenso atropellado, entre tumbos y rasponazos, con ayuda del largo mecate que allí habían colocado. Por encima de pedazos de bloques, hierros retorcidos, trozos de carrocería y surcos hondos dejados por los embates de la máquina.

Abajo estaba el Viejo sobre las piedras y la arena, tapado hasta las rodillas. Era el segundo de la izquierda. Primero aparecía Damián Sojo y después del Viejo seguían Checame Briceño y Rodrigo Morales. Al Picure se lo habían llevado al hospital. Luchaban por rescatar a los otros... Por fortuna, el camión quedó medio-montado en un peñasco y fue un poco más fácil poder sacar los cuerpos. Checame y Damián Sojo fueron encontrados fuera de la corriente, muy cerca de la orilla. El Picure se hallaba entre las piedras.

Franquínez y el Prefecto Carrasco se encargaron de todo.

"¡No podía salvarse ninguno! Eran puros destrozos... Si el Oscurano iba con los demás y quedó vivo, es un milagro de Dios. Lo más seguro es que las cuadrillas lo consigan varado en una roca o quizás ya lejos en las aguas del río Motatán".

Doña Engracia le palmea el hombro izquierdo. La mirada de Chema resbala en un pasajero resplandor del ataúd.

Esta tarde, cuando la urna de Virgilio Linares, el Picure, fue descendida del coche funerario frente a las gradas de la iglesia, Matilde Mendible se abalanzó sobre ella.

Habían sido novios durante cinco años. Y de tanto verlos juntos, las gentes los tenían por esposos. Eran en todo caso, como siempre pensó la señora Rosenda Linares, madre y eterna compañera del Picure, la pareja ideal. El: músico, apasionado de los versos, tejedor de ensueños. Ella: sensible, bondadosa, abierta también a los mundos fantásticos.

Una noche de abril Virgilio le llevó una serenata, con unos estudiantes venidos de Caracas. Más por complacer las exigencias de ellos, amigos y paisanos, que admiraban la belleza sin artificios, la simpatía y la gracia de Matilde.

El, con la voz de barítono que tantos afectos le ganara, cantó varias canciones populares, que la muchacha oyó mirándolo a los ojos, casi sin reparar en los demás. Detallaba, sin excesos ni desplantes gazmoños, el pelo ensortijado, el rostro moreno de firmes facciones y la magia de los dedos sobre las seis cuerdas.

De todas las piezas, hubo una que arrobó a Matilde desde el propio comienzo:

Por la blanca arena que lame el mar
su pequeña huella no vuelve más

Era una melodía pegajosa y triste que estaba empezando a oirse en esos días, dedicada a una lejana poetisa cuyos versos ella había leído en la biblioteca de la escuela. En la voz de Virgilio, tomaba extrañas resonancias... Aunque

ellos se conocían desde muchachos, esta canción los hizo novios.

Cuando ya se marchaban, gentil y emocionada dio las gracias a todos. En un aparte dijo: "Virgilio, por usted esa canción será desde hoy inolvidable". El hizo un esbozo de venia, sonreído, y fijó en dos segundos la faz achinada que le estaba brindando el fuego de sus dos lunas llenas... Uno de los acompañantes ensayó una ocurrencia: "Matilde, no lo llames Virgilio porque no va a entender. Dile Picure y te alzará en sus brazos".

Después fueron muchas más las sesiones de música y de sueños. Virgilio le decía versos a menudo (algunos de los cuales habían llegado a fundirse con su vida y tenía como reliquias interiores), de poetas del país y de otros mundos, que ni siquiera necesitaban mencionar, porque les eran tan familiares como los remansos del río.

Aunque ella sentía muy cerca a **Farewell** y sus sollozos, no le gustaba cuando Virgilio retornaba a decirle:

Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

El lo sabía y se recreaba en picarle el desagrado. También estaba seguro de que sólo se trataba de un rechazo a la simple sugerencia de la separación.

Cuando por ejemplo volvía sobre las **Coplas** que le traían la imagen del amor viajero:... **Fuiste un ensueño de gasa / fuiste una gasa en la brisa**, le cerraba los labios con un beso y le pedía "Dime otro". Virgilio comprendía sin mucho esfuerzo el sentido cabal de la exigencia. Y siempre terminaban recitando entre los dos la **Balada** inolvidable cuyos versos finales los hacían volver a mirarse a los ojos como aquella primera noche de abril:

Porque nunca fue tan grande el amor
como cuando Hans Christian Andersen
amó a Jenny Lind el ruiseñor de Suecia.

O la ilusión que veían contenida en las **Variaciones** de rosas y crisálidas que fueran dedicadas a los niños: **Si ayer se desgarraron las carnes de la madre / si un rumor de blancura le despertó los senos...**

Ellos pudieron unir así, en la simpleza de los días de su pueblo, el gozo de la luz y brisa de sus montes con el oficio inofensivo del bordador de fantasías.

Abrazada al cofre que guardaba sus restos, ascendió al altozano y juntos emprendieron su última correría.

En la hora de la misa cantada, doña Rosenda y otras muy allegadas la oyeron musitar: "Su pequeña huella no vuelve más".

Deben estar por regresar de Valera el doctor Wilfredo Espinoza, médico residente, y Orlando Ramos, Secretario de la Prefectura, quienes fueron a reconocer en la morgue un cadáver que muy probablemente es el de Clodomiro Rosales.

La desaparición del Oscurano fue reportada ayer a las autoridades en el propio sitio del desastre. Los miembros de la comisión oficial, que vinieron después del mediodía, buscaban a personas autorizadas que hubieran conocido al difunto y pudieran dar fe de su identidad.

Ellos explicaron que el cuerpo sin vida fue hallado a mitad de la mañana en la parte baja del río Jiménez, cerca de su confluencia con el Motatán. Dijeron que el deceso debió haberse producido entre la tarde y las primeras horas de la noche del sábado. No encontraron documentación alguna. Estaba semidesnudo. Y aunque murió por inmersión, presenta golpes y desgarraduras en diferentes partes. La cara, sin embargo, pese a algunas deformidades, se aprecia casi intacta.

Del Oscurano, ningún papel personal ha podido ser localizado. Nada que tenga sus huellas digitales u otros datos de identificación. La

casa donde últimamente se alojó y que alquiló hace siete días a Cristino Torrealba en las afueras del pueblo, fue registrada en forma minuciosa. Sólo encontraron unos zapatos viejos de goma, que en ningún momento se le vieron puestos, y dos mudas de ropa recién lavadas y planchadas, que el viernes, más o menos a las cuatro, le entregó Paulina Suárez. Fuera de esto, un chinchorro colgado.

Cuando el cortejo está más o menos a la altura de la casa de Checame, uno de los hijos de Jacinto Berroterán entra en el cementerio, donde Franquínez y otros ultiman detalles de las fosas.

—Ramos y el doctor Espinoza ya llegaron. Están en la Prefectura. Quieren que usté vaya hasta allá.

Se reunen el Prefecto, el médico, Ramos, José María Cornieles, Franquínez y Clímaco, un hermano de Rodrigo Morales.

—Todo negativo —informa Espinoza—.

Reinaldo Franquínez es el más expectante. Tal vez porque carece de todo género de avance sobre los resultados. O porque a él concierne más directamente cuanto va a ser tratado.

—Fuimos al reconocimiento, pero al rompe nos dimos cuenta de que se trataba de otra persona... Clodomiro, como todo el mundo lo sa-

be, era grueso, de estatura regular, cara redonda, tez curtida, frente pronunciada, cabello ralo... El cadáver que observamos difiere de casi todas esas características. Se trata de un individuo flaco, aunque está hinchado por el efecto de la inmersión; más joven y más alto; frente amplia, pero con abundante cabellera y color de la piel más claro.

—Bueno, pero por lo menos se hizo la diligencia —dice el Prefecto—.

—Sí... Además aprovechamos para hablar un poco con la gente del Comando Unificado y de los grupos de rescate que están actuando en la búsqueda del cuerpo de Clodomiro, río abajo... Ellos han hecho un trabajo extraordinario, sin éxito hasta ahora desafortunadamente. Han rastreado el río Castán, el Jiménez y ahora están sobre el Motatán. Nada en absoluto. Ni el más mínimo vestigio.

—Lo que sí pudiera ser es que esté en el fondo de un recodo —señala Ramos el Secretario—.

—Todo eso es posible —conviene Espinoza—... Ahora, me llamó particularmente la atención lo dicho por uno de los Jefes del Comando... Hay un testigo del accidente. Es un señor mayor que trabaja en el campo. Iba pasando por la curva, a pie hacia La Plazuela, cuando el camión se precipitó al barranco. El pudo ver cuando daba los tumbos y caía despedazado al

río. Según dijo en el mismo sitio y lo confirmó después, bajó lo más rápido que pudo, para tratar de ayudar. Vio cerca de la orilla dos cuerpos ensangrentados. Los tocó y comprendió que estaban muertos. Avanzó un poco hacia lo que quedaba del camión y pudo ver que estaban cuatro atrapados dentro... En realidad parece que dijo tres o cuatro... Al oir unos quejidos regresó y se dio cuenta de que entre las piedras, al pie del barranco, había uno con vida, que era el Picure. Resolvió entonces volver a subir para pedir auxilio... Pero esto es lo más curioso. Cuando le preguntaron si había visto que las aguas arrastraran algún cuerpo, dijo: "Estoy seguro que no"...

—Ha podido ser antes de que bajara —expresa Franquínez—. O en el momento de estar revisando a los otros. El mismo hecho de que no recuerde bien cuántos había dentro de la casilla deja la puerta abierta para todo lo demás... También en casos como éste, el nerviosismo y el susto confunden a cualquier persona.

—Eso en verdad es real —reconoce Espinoza—... Lo cierto es que esto se prolonga y lo más seguro es la muerte de nuestro amigo Clodomiro. Yo pienso que tú Franquínez debes irte mañana mismo hasta Caracas, a la casa de tu compadre, para que des personalmente la noticia a la esposa... Como lo habíamos convenido, por tratarse de la familia de él, un telegrama escueto no era recomendable. Pero ya va para

dos días y ella por otros medios va a enterarse. ¡Quién sabe en cuáles términos!

—Si no se ha enterado ya —tercia Cornieles—.

—Creo que no... Mi compadre me dijo el miércoles pasado que su mujer iría de compras a Curazao el viernes y regresaría entre lunes y martes.

—Con más razón entonces. Lo indicado es lo que acabamos de decir. Es más, si ella quiere venir, como puede darse por seguro, cualquiera de las casas de nosotros está a su orden.

—El problema ahora es la dirección —dice Franquínez—.

—Eso es lo de menos Reinaldo... Prepárate para que te vayas mañana o cuando muy tarde el martes de madrugada.

Desde la Vuelta del Herrero en adelante se extiende el territorio de los espectros y visiones

La cuesta de El Empedrado y la planicie donde tiene su asiento el camposanto han sido un surtidero inmemorial de apariciones, embrujamientos y consejas... Nadie escapa a su influ-

jo. Cada quien, desde la niñez hasta la muerte, arrastra un mundo oculto de aprensiones que forma el segundo rostro de este pueblo.

De aquí parten los duendes trasnochadores y burlones que han espantado a más de un prójimo inocente. Y este es siempre el rumbo que toma la sayona, con su larga e insinuante cabellera, cuando en los predios de la plaza conquista parroquianos que la siguen a distancia.

Cuentan también que muchas mentes trastornadas recibieron su mal de la carga de misterios que las noches acunan en esta pendiente solitaria. Y que de estos parajes surgieron los espíritus diabólicos muchas veces ensañados con las tierras y los animales de labranza.

Por eso quizás, Juan Andrés Briceño se sintió más sorprendido e intrigado el día en que, muy cerca de este sitio donde dobla el cortejo, Reinaldo Franquínez le dijo de repente: "Tú, Juan Andrés, tienes la misma estirpe de Antonio Nicolás Briceño... Y no sería nada raro que llevaras su misma sangre. Cada familia de Trujillo viene de un mismo tronco".

Fue un simple hecho casual. Regresaban de la casa del Picure, donde habían disfrutado de una cordial velada.

Juan Andrés sabía que Franquínez, oriundo de un caserío cercano a Escuque, profesaba una gran admiración al héroe de Mendoza. Ya

lo había proclamado en varias ocasiones. Y a él le parecía una cosa natural. Porque desde la escuela, los niños trujillanos aprenden a conocer las acciones que hicieron famoso al tribuno y militar de la Independencia. Como era su propio caso. Siempre experimentó una especial atracción hacia esta figura leyendaria.

Pero la comparación le resultó exagerada e irreverente.

—Ni tanto —atinó a decir el estudiante de Derecho, que era orgullo de su hermano Checame—. Además, ya quisiéramos nosotros pertenecer a su familia.

—Pues yo insisto... Desde que los conozco a ustedes, he pensado varias veces en esto. Porque son inteligentes, grandes de corazón y decididos. Tú, por ejemplo, escogiste su misma carrera; eres brillante, según lo confirman tus propios compañeros de la universidad, y eres un Briceño.

—Bueno, pero hay otros Briceño que son unas lumbreras.

—Esos también tienen que ser descendientes de Antonio Nicolás. Sobre todo si hay gallardía de por medio. Que a ustedes les sobra. Porque esa fue una de las primeras cosas que a mí me ensañaron: "Antonio Nicolás Briceño fue un hombre gallardo".

—Qué ocurrencias tienes Reinaldo... ¡Ahora yo con cara de prócer!

—No se adelante mi amigo. Usted llegará a ser un gran jurisconsulto, como lo fue él. Y su nombre sonará en el Congreso. Ya lo verá.

Más de un año ha transcurrido.

En el momento de empezar a ascender El Empedrado, Juan Andrés rememora aquella singular conversación. Y se le quedan sonando las palabras de Franquínez: "... fue un hombre gallardo". Su mano izquierda busca rozar el ataúd con tembloroso afecto.

La muchedumbre se estira en la subida. Los féretros vacilan por momentos, zigzaguean, se detienen a trechos. Nuevos brazos se alzan como puntales hacia el cielo. Los pasos torpes desafían la sucesión de adversidades.

Las lamentaciones comienzan a arreciar. Se envuelven con las quejas de metal de las chicharras y van a sumarse al coro de los llantos sin nombre y sin fronteras. Por el Viejo Juan Pablo "que era tan bueno y bondadoso"; por Renato, "hermano de mi alma"; por Jacinto, "el pobre con su bendita mala suerte"; por Damián, "nuestro sustento, ahora qué nos haremos sin usté"; por Virgilio, "seguirás viviendo en nuestro corazón con tu alegría"; por Checame, "mi hijo adorado, mi orgullo, mi esperan-

za"; por Rodrigo, "tú has dispuesto llevártelo Dios mío, recíbelo en tus brazos".

Deben ser las once de la noche.

Ya la cuesta ha cedido. Ahora empieza el calvario del luto y del recuerdo.

—Franquínez —dice el jadeo de un muchacho asustado—, el Oscurano como que entró en el cementerio... Parece que alguien logró verlo pasar.

2

ERNIDIA de Franquínez había sido vista por Damián Sojo, sin que se diera cuenta, cuando ella salía de un hotel de citas en Trujillo.

Fue un martes a la media mañana. El bajaba en su carro de plaza, solo y en procura de cualquier pasajero, como muchas veces le ocurría durante las horas de labores de sus clientes fijos o posibles.

Damián era el conductor habitual de casi todos los estudiantes y trabajadores que diariamente se trasladaban a la Capital del Estado. Por su simpatía, llaneza y comportamiento respetuoso. Pero también, a no dudarlo, por las facilidades que les daba en el pago.

Cuando la vio, a menos de media cuadra, se detuvo en el acto, doblemente sorprendido ante el descubrimiento. Por verla aparecer a las puertas de aquel lugar de fama tan dudosa y por no haber sido él, que tantas veces transportara a los Franquínez, quien la trajera a la ciudad.

En la madrugada del velorio, Hercilia Corrales, la mujer de Damián, recordaba, adormecida, los detalles de aquel hecho extraño que tantas interrogantes abriera para los tiempos sucesivos.

—Frené y me quedé a cierta distancia —le confió él ese mismo día—. Me tapaba un poco el muro de la plaza. Ella salió como si tuviera mucho apuro, pero a los poços pasos se detuvo, azorada, nerviosa. Cruzó la bocacalle y se metió en la plaza. Iba buscando tal vez hacia arriba, a esperar un carro o un autobús.

—¿Y usté cree que sea capaz de haber ido a alguna cosa mala?

—Bueno, que Dios me perdone, pero eso es lo más seguro... Con todo y que es la esposa de Reinaldo, un buen amigo, allí las mujeres no van sino a revolcase con los hombres.

Hercilia se sintió entristecida y reacia a creer en una cosa semejante.

—No Damián, una señora tan buena y tan

fundamentosa como Ernidia no es de las de esa clase. Ella siempre se ha dado su puesto. Quién sabe a qué diligencia pudo haber ido hasta allá.

—Yo no lo niego, pero del que estoy seguro que siempre se ha sabido dar su puesto es de Reinaldo... Serio, correcto, respetuoso. Buen hombre de su casa, buen amigo... ¿Qué más se le puede pedir a una persona?

—¡Ah rigor!, como pasan las cosas. ¡Tanto cariño que les hemos tenido! Hasta habíamos dicho que ellos serían los padrinos de nuestro muchachito más chiquito.

—Ya no... Además, esto debe quedase entre nosotros, porque es muy delicado y no deja de ser muy peligroso. Uno el pobre no debe metese en enredos ajenos. El que lo hace siempre sale con las tablas en la cabeza.

—Así será Damián.

—Así tiene que ser. Y óigame bien Vieja... Esto se lo tragó la tierra. Y pase lo que pase, ni Reinaldo ni nadien se enterará de esto que vi y le he dicho.

Hercilia traía a la memoria, ausente a medias del rumor de los velantes, aquella charla secreta y la volvía a vivir. Pero las palabras aparecían revueltas con las imágenes de las personas que allí fueron nombradas.

Damián vestido con la camisa azul el día en que le propuso llevársela, "pa que tengamos un mismo techo y todos los hijos que queramos". Y la noche de la fuga en el catre de lona, solos por primera vez y para siempre, en la alta madrugada. El cuerpo moreno y grueso que se la montaba como si estuviera aplastando una carga de bagazo. Y el resuello de borrasca que no le dejaba oir el suyo. Y la verga de roble que le reventó la castidad y la hizo sentirse plenamente mujer.

A veces parecía que fuera Ernidia, blanca, esbelta, de caderas cimbreantes y senos de zapote maduro, jadeando bajo aquella masa hecha de barro cocido y sudor de melaza.

Ernidia, amorosa, gentil, siempre risueña, tomada de la mano de Reinaldo... Un hombre bien plantado, elegante, atractivo. Recio también como Damián, pero con modales de gente que ha aprendido.

Los dos caminando por el cemento de la plaza, como en una retreta, el primer día que llegaron. Sábado de mucho movimiento, la fecha de la última venida del Obispo, hace más de cinco años. Ella treintañera, con el niñito ya de algunos seis, un río crecido de brincos y palabras. El, moreno claro, con los mismos treinta años tal vez, pero escondidos detrás de su sencillez y su alegría.

"Y así fue, carajo... Nadien nunca supo

nada. Ni cuando la mujer se desapareció a los tres días de haber sido vista en el hotel. La muy sinvergüenza. A todos engañó con sus zalamerías... ¿Con quién andaría aquella mañana de Trujillo? ¿Con quién se iría cuando dejó al esposo?... La palabra de Damián se cumplió. A ninguno yo le dije ni un adarme jamás. Menos ahora que el pobre de Reinaldo está tan muerto como estos difuntos nuestros que tenemos en las urnas".

La partida de dominó del 1° de mayo había quedado trunca, a causa de los relatos y ocurrencias del Oscurano.

Juan Andrés Briceño estaba, por casualidad, presente. También, claro está, los dueños de la casa: Rodrigo Morales y su mujer Adela, además del Picure, concurrente inmancable. Y un visitante excepcional: Leonidas Contreras, miembro de una cooperativa de carros de alquiler que hacían viajes entre Caracas y Trujillo.

Fue traído por Clodomiro Rosales y era la segunda o tercera vez que venía al pueblo. Ellos se conocían —y celebraban al referirlo— desde un día que el Oscurano se embarcó con destino a Maracay o Caracas.

Eso había dicho:

—Si no encuentro a una persona que me interesa en el terminal de Maracay, sigo con usted hasta el final. Yo pago los dos puestos delanteros. No se preocupe, le voy a hacer un regalito para que se salga de la ruta por muy pocos minutos.

Cuando en horas de la tarde se acercaban al término de la larga travesía, en la bajada de muerte que cae sobre el sur caraqueño, ya en ambiente de confianza, le insinuó al conductor:

—Puede repartirlos a ellos de primero. No tengo apuro. Después le brindo un refresco si es su gusto.

Esa noche corrieron una descomunal parranda. Y como siempre el Oscurano se cansó de contar chistes y anécdotas. Como lo hizo en plena carretera, para regusto de sus acompañantes.

—Lo más grande que a mí me ha sucedido —rememoró entre risas— fue cuando un viejo italiano de un taller, donde yo trabajaba, me nombró su heredero. No tenía a nadie en la vida y en el fin de sus días solamente yo era para él como un hijo... Pobrecito. Desde que se enfermó y me lo dijo, empecé a ligar que Dios se apiadara de él y le diera el descanso merecido. Porque de verdad, ¡qué hombre para trabajar duro! ¡Y qué tronco de mecánico! A su saber

debo muchos de los trucos del oficio. Aunque siempre me digo: "¿para qué? Con el realero que me dejó me aparté para siempre de la grasa y del aceite quemado. Hasta el tallercito lo vendí... De aquellas cosas, lo único que dejé fue el carro, que estaba casi nuevo. Pasé tres meses de trago en trago y de moza en moza. Un vidón como nunca. Cargaba a mi hermano de chofer y me metía la mejor pinta... Cuando ya me quedaba un poco menos de ciento cincuenta mil simones, me dije: "No puede ser. No puedo desgastar mi juventud entre puras prostitutas. Tengo que levantar cabeza. Voy a buscarme una mujer decente y a aquietarme en familia, por lo menos mientras que esto dure". Entonces decidí irme hasta Guacara. ¡Qué pueblo tan sabroso! Tiene todo a la mano... Allí me enamoré de una muchacha que hubiera sido Miss Venezuela siete veces. Un cuerpo que no lo voy a describir porque se me va a enojar la abuelita de aquí atrás. Y unos labios que solitos le decían siempre a uno lo que sentía por dentro. Hasta que convinimos vivir juntos. Eso sí, después de muchos brindis y comidas y paseos. Yo le fui franco desde el mismo comienzo. Nada de matrimonio, porque ya yo tenía mi mujer en casamiento y podía ser de todo, menos bígamo... Alquilamos una casita y nos encerrábamos, primero cada rato; después cada dos o tres días. Y ahí fue cuando vino lo que nunca pensé... La mamá de ella nos visitaba a diario. Con el correr del tiempo, varias veces al día. Era una mujer hermosa, cuarentona, viuda por mala suerte. Andaba como se dice "suelta,

sin bozal". Parecía mandada por el propio satanás, que siempre lo anda tentando a uno... De tanto comer casi en el mismo plato, de tanto vaciar los tragos juntos, de tanto sentir el temblor de su cintura en uno que otro baile, de tanto quedarse a solas en la casa cuando la hija salía, vino todo lo peor... o uno no sabe si decir lo mejor... ¡Qué días aquellos!... Empezamos a querernos a escondidas. Y les juro que en ese tiempo no sabía cuál me gustaba más. La muchacha, cariñosa, romántica, tierna hasta en la mirada. La madre, sabida, provocativa, sensacional. Hasta que una tarde, cuando la hija se encontraba con la gente de al lado, se me enfrentó y me dijo: "O tú me buscas una casa para mí también o aquí va a arder Troya". "Pero bueno —le decía yo— ¿qué quieres tú que haga? ¿Qué vamos a decirle a ella? No pasará ni un día sin que llegue a saberlo". "En mi misma casa entonces —respondió—, pero me das para pagar mi techo, para vestir y te quedas conmigo como te quedas con ella"... Ahí comprendí que la cosa iba en serio. "Yo no puedo pagar otra casa —le alegué—. Porque no soy ningún millonario y además, porque no quiero provocar un escándalo... ¿Qué dirán las familias del pueblo?". "¡Qué familias ni qué ocho cuartos! —gritó—. No soy, Clodomiro, ningún segundo plato. Y como todas las cosas tienen arreglo, esto también lo va a tener... Tú vas a vivir aquí entonces con las dos. Cada quien en su cuarto y se acabó. No habrá escándalos y todos estaremos muy conformes"... "¿Y quién se lo va a decir?". "¿Quién más va a ser?: noso-

tros. Espérala que venga"... Así fue. La muchacha lloró por mucho rato. Los primeros días estuvo disgustada. Pero después todo marchó como una seda. Se trataban como hermanas o cuñadas. Yo dormía una noche con una y al día siguiente con la otra. ¡Claro!, de los días que podía pasar en Guacara... Algo fenomenal, que antes había visto solamente en las películas... Hasta que se me acabaron los reales y nunca más volví.

Las carcajadas de Leonidas el chofer retumbaron en el Polígono de Tiro y en las caballerizas del Hipódromo. La única persona de los cinco viajeros que siguió seria e inmutable fue la ancianita que iba en la parte trasera.

¡Cómo estarían de ajumados esa madrugada de la juerga, que Clodomiro no pudo dar con la dirección exacta de la casa!

—No importa —convino después de varias vueltas—. Estamos cerca de la cuadra. Yo puedo irme caminando.

Al terminar la ronda inicial de la partida, en la sombra del níspero de la Casa del Telégrafo, Clodomiro Rosales, que ya tenía las orejas encendidas, la agarró por una de sus acostumbradas peroratas.

—Se ven tantas cosas en la vida... Dígame cuando yo era portero en "El Campanario" de Caracas. Ustedes saben que ese es un periódico

que pesa, porque se vende como pan caliente.

—Aquí es uno de los que más llegan —manifestó Rodrigo—.

—Yo me trataba bien con todos los que hacían el diario. Porque quiero decirles que ese es un trabajo casi igual al de las hormigas. Cada quien pone su partecita. El que es director, el que escribe, el que recibe los avisos, el que maneja las máquinas donde llegan las noticias de otras partes, el que se mueve en los talleres, el que es chofer, el que es portero..., todo el mundo ayuda para que al otro día salga el periódico. Será por eso que allí hay menos diferencias. Las gentes se tratan como amigos y compañeros, sea cual sea el puesto que tengan. Y si no fuera así, ¿cómo hubiera podido yo llegar a ser, como lo sigo siendo, buen amigo de algunos periodistas? Aun cuando empecé como portero... No sé, me fui ganando su aprecio, me fueron tratando con más confianza, y ya después hasta iba con algunos a juegos de dominó en los bares cercanos o solamente a echarnos palos.

—¿Y estuviste mucho tiempo de portero?

—Bueno, si vamos a ver, te diré que no tanto. Dos años y unos meses. Más adelante fui chofer de uno de los carros en los que andan los reporteros. Y me ligué cada vez más, por pura y llana amistad, a dos de los mejores hombres de la redacción. Dos veteranos que saben lo que

tienen entre manos y que no fueron allí para perder el tiempo. Hoy día son millonarios. Como ustedes lo oyen esta tarde.

—¿Quiénes son esos? —inquirió Juan Andrés, como para coger fuera de base al Oscurano, por si estaba fabulando—.

—No, yo solamente digo lo que ustedes van oyendo. ¿De qué serviría confesarles son fulano y fulanito? Para ustedes que son los lectores, nada más interesa lo que ellos siempre escriben. Además, esos dos no son los únicos que han hecho plata por montones.

—A un tipo de esos cuando es gallo, el periódico le paga un billetaje —quiso explicar Leonidas, como para dejar sentada su condición de hombre corrido.

—¡No chico! —lo atajó el Oscurano—. Lo que sucede es que en todo lo que el hombre se proponga, debé haber mitad cabeza y mitad audacia. Y eso desgraciadamente no lo tiene todo el mundo. Entre los mismos periodistas esa es ley que no falla, como entre los abogados, los médicos y no contemos más... Ustedes ven que muchos de los nuevos que escriben son machetes, pero son unos limpios. ¿Por qué? Porque no aplican la cabeza sino para que las noticias les salgan bien bonitas y que todo el mundo se las lea.

—¿Y eso no es lo que importa? —arreme-

tió el hermano de Checame—. Ellos tienen que vivir y es justo que sea decentemente. Pero cuando eligieron ese oficio y lo estudiaron en la universidad, seguro que sabían que lo más importante sería servir a esos lectores y que la mejor paga sería la confianza de las gentes en sus informaciones...

—Pues así ha sido Juan Andrés. Así mismito ha sido. Nadie aquí lo está negando y menos criticando. Lo que pasa es que hay algunos a los que les gusta más la fama que los reales y otros a los que les gustan más los reales que la fama. Me parece a mí.

Largó una risa burlona y estiró los pies entrecruzados. Adela, desde una silla del corredor, escuchaba ensimismada.

—¿Pero cómo puede hacerse un reportero millonario en pocos años? —dijo nuevamente Rodrigo—. Está bien, pienso yo, que tenga sus buenos modos de vivir. Y nadie tiene por qué ver eso mal. Pero ¿millones?..., con el "Gordo" del Zulia o de Caracas.

Ya la cubalibre estaba remolineando en las cabezas.

—Estás echando mano de la romana vieja —señaló en son de chiste el Oscurano—. Aquí en Venezuela hay libertad de trabajo y un periodista, como cualquier otro, no tiene por qué estar amarrado solamente a un periódico.

Antes de que pudiera colarse alguna otra interrupción, apuró el resto de su razonamiento.

—Yo por ejemplo, me fui a trabajar como chofer en la oficina particular de esos amigos. Desde allí ellos, con más calma, hacen sus contactos y reciben los pagos especiales por meter una cuñita en lo que escriben o por colaborar para que no se vaya a malponer a un organismo que está haciendo un buen trabajo o a una persona que es correcta... Esa es una forma de bregar en lo suyo, en lo que ellos saben, sin perjudicar a nadie. Y al mismo tiempo se ayudan para redondear mejor la arepa... ¿Es eso algún pecado? ¡Yo varias veces les fui a buscar los cheques!

—Eso equivale a venderse... Menos mal que todavía quedan otros, viejos y jóvenes, que no han caído en esas sinvergüenzuras. Pero estos son uno bandidos. Tú les vas a buscar los cheques cada mes y ellos llegado el caso no tendrían reparo en denunciar —como lo asegurabas la otra vez— a los reposeros y a los que de milagro ven en sus trabajos los días quinces y últimos... No me jodas Clodomiro. Todo eso es una pudrición.

—Quítate esa vaina de la cabeza Juan Andrés... Esa es basurita de la universidad. Venderse sería otra cosa y sin embargo no lo es. Ya te voy a contar un cuento...

Se sirvió otro ron con seven-up, unos hielos y un pedazo de limón. El Picure rasgaba muy suavemente la guitarra, como ausente, constreñido quizás por lo que a él le parecían las aguas turbias de la conversación.

Rodrigo Morales sacudió la cabeza y fue a orinar en la letrina.

—¡Tampoco es para que se pongan tristes!... Yo lo que quería echarles era un chiste de cuando era portero en el periódico. Y de repente cogimos para otros lados... Ahora, con eso de los reposos que tú dices Juan Andrés, sí es verdad que los venden. Y no valen tres lochas. Pero el asunto está en ver las cosas por su lado derecho... A mí me ha tocado, por mano del destino, estar muy cerca de tratos y negocios como los que estamos conversando, sin que me lo haya buscado. Por ejemplo, cuando le manejé a un médico, me dí cuenta muy bien del trabajo de vender los reposos. En ese caso digo, porque desconozco si existen otros más. Deben ser muy contados, porque esas operaciones son un arte. Y no se puede negar que dejan real en bruto, no solamente al médico que firma sino a los otros que consiguen los clientes y hacen los arreglos. Les juro eso sí que esa es una mina chiquita. Lo que produce plata con gana son las que mientan incapacitaciones...

—¿Para que no tengan más hijos las mujeres? —preguntó Leonidas despistado—

—¡Ojalá!... Para que las gentes sanas, libres hasta de barros, cobren sin tener que ir al trabajo. Y nada menos que por toda la vida... Valen eso sí la bicoca de doce mil a veinte mil bolívares. ¿Y quién no los da?... Además, ¿tiene derecho o no ese médico a cobrar por poner su firma en un papel que es como un cheque al portador? ¿Sobre todo si él es el único que lo puede firmar? Bien gafo sería si no lo hiciera. Para eso estudió, ¿no es cierto?... Entonces, ¿dónde está la vagabundería? Por eso es que digo que por un lado se trata de una venta bajo cuerda, pero por otro de un pago que es legal... Así debemos ver las cosas.

—Yo me voy —dijo Juan Andrés ya de pie. Los tragos me han dado náuseas.

—Yo también —agregó el Picure—. Nos estamos viendo.

En la calle, apareado con la hosquedad del estudiante, el guitarrista comentó:

—Esas son más que todo invenciones de la lengua floja del Oscurano.

—Crees tú. Dios los cría y el diablo los junta.

Los fantasmas andaban sueltos en todos esos meses anteriores al trágico accidente.

Aparecían por días seguidos, una semana o dos y luego abandonaban las noches del poblado, como si tuvieran una cita en algún escondite impenetrable para hacer el balance de sus aterradoras incursiones.

Butaque se recogía temprano. Una mezcla de angustias y temores envolvía a los habitantes en el rescoldo de sus aposentos y zaguanes. Apenas el parpadeo de los velones encendidos en los altares familiares denunciaba la presencia de moradores en las casas.

Las primeras versiones decían que dos o tres escolares, que se encontraban repasando sus lecciones en la plaza, a las dos de la mañana, salieron despavoridos cuando vieron venir por la calle Comercio una silenciosa procesión de cientos de figuras con los rostros borrosos, todas vestidas de un modo similar. Ninguno de ellos pudo precisar si se trataba de hombres o mujeres. Sólo recordaban difusamente que llevaban encima unas especies de batolas negras, grises o blancas.

Después del tropel que lo llevó a la casa, uno de los muchachos espantados, ya socorrido y también reprendido por sus padres, se acostó en la estera habitual para buscar el sueño, frente al resquicio de la puerta del cuarto que daba hacia la calle. Estuvo viendo pasar pies-y-pies de un desfile inacabable de personas, que no hacían ruido ni parecían posarse sobre el piso, por el resto de la noche... Sobrecogido, con el

pulso aleteándole bajo el sudor emparamado, buscó el consuelo de alguna explicación en la palabra de la madre. "¿Por qué pasan tantos pies de tantas gentes?"... "Voltese con la cara para acá. Son las ánimas".

Más adelante, de quién sabe cuál parte, empezó a brotar, en el silencio cenital de la noche, un sonido agudo y quejumbroso, que arreciaba hasta copar la soledad del aire y sembrar el aguijón del pánico aun en los más revestidos de entereza.

—Es el amolador... ¡Dios sabrá cuál desgracia está anunciando!

Y las premoniciones empezaron a cumplirse.

Una pareja de agricultores que bajaban de más arriba de La Chapa fueron obligados por un extraño temporal a buscar refugio en una choza del camino. Un anciano benévolo, el único ocupante, les dio posada y brindó su chinchorro y su camastro. El fue a dormir en la trastienda... Sin noción del tiempo transcurrido, aislado por la pesada oscuridad, el hombre volteó el rostro a medio despertar por encima de la malla de cabuya, en dirección al forcejeo y al desespero que venía claramente del camastro.

—¿Pasa algo allí Camila?

—Sí:.., pero ya vamos a estar listos.

Espérese un momento que ahora le toca a usté.

Pudo saltar hacia el rincón a tientas. Iba a encender un fósforo cuando los dos colmillos de azogue de aquella aparición emergieron del catre e iluminaron la casucha. El cuerpo inerte de Camila estaba desgonzado... Con toda la pelambre erizada y compelido por una fuerza como de ventarrón, salió a la senda y enfiló monte abajo sin parar. Entró al pueblo gritando, aún de madrugada. Muy pocos se atrevieron a dejar sus cobijos. Ante el Prefecto y los tres policías cayó al suelo, rígido, transportado. El médico, luego de muchas horas, logró oirlo susurrar: "Camila, Camila... en la casita del paso... del jabillo". Al mediodía mandaron allá una comisión. La mujer estaba muerta. No presentaba señales de violencia.

Al poco tiempo se produjo una mortandad en un convite. Llegó la novedad casi al amanecer. Varios hermanos y sobrinos se destrozaron a machete. Como se pudo, fue organizado un pelotón de voluntarios. Trajeron los cuerpos mutilados en hamacas, parihuelas y cajones. Delante venía, cojeando, el único que había quedado vivo. Tenía un tajo en un brazo y coágulos bermejos en los bordes de la raída camiseta. En los ojos, la mirada dura y satánica que delataba el maleficio.

Pero nunca como en la última semana los espantos y visiones habían sacudido tanto el mundo de creencias de este pueblo.

Un alma en pena fue vista el lunes, poco después de media noche, cruzar diagonalmente la plaza, casi en cueros. Los atribulados testigos de la escena, dos valientes que dejaron el postigo de una ventana abierto, pudieron observar en menos de un minuto la figura que se desdibujaba entre las sombras, con un gorro blanco que le tapaba el rostro y una simple camisa por toda vestimenta. En el extremo de una vara larga, que sostenía con ambas manos, portaba un colgajo azul o negro... Quizás no llevaba ningún gorro. Lo más probable es que se tratase de un aparecido sin cabeza... Torció hacia los lados del río y no regresó.

¿Qué señalaba ese espíritu estrafalario e itinerante?

Y don Cándido Contreras, que el miércoles bajaba hacia el conuco, sobre las tres de la mañana, cuando de un grueso muro saltó una masa roja, envuelta en resplandores violáceos y ruidos que salían de las profundidades de la tierra. No tuvo más remedio que lanzarse del burro y partir dando alaridos en demanda de auxilio.

Esa horrible experiencia, que dejó trastornado al bueno de don Cándido, se repitió, tal vez en forma más aterradora, al día siguiente. Eustaquio Suárez, que repartía la leche, pasaba por el mismo lugar con rumbo a su trabajo de la hacienda. La impresión fue tan demoledora que al final de la estampida de gritos y lamen-

tos cayó al pie de un poste en una esquina. Tres seres condolidos percibieron el murmullo de su última confesión. "Otra vez el demonio".

Cuando el desamparo de la noche empezó a descender hacia el alba del sábado, unos quejidos hondos, de desahuciado en agonía, remecieron por largo rato las dos aguas de una casa abandonada, donde por años han buscado los duendes escondrijo.

Después vino la tragedia que de un solo golpazo cargó con ocho vidas.

—Lo llamaban El Diablo como han podido apodarlo El Duque o El Regidor.

Era, sin que nadie estuviera en capacidad de presentirlo, la última charla de Checame Briceño con sus dos amigos de excepción: Wilfredo Espinoza y Reinaldo Franquínez. Este, entre insinuaciones y ejercicios de memorismo, los había conducido nuevamente a las glorias y desventuras de Antonio Nicolás Briceño, el personaje histórico de su predilección.

Hablaban en las vecindades de la muerte. Sólo a veinticuatro horas. Servía de marco el consultorio de la medicatura.

—Tú bien sabes Reinaldo —agregó el maestro— que el sobrenombre que le pusieron al paisano fue algo circunstancial... El tomó parte cuando niño en una pequeña obra teatral, o representación, según parece le decían entonces, y en ella le tocó el personaje de El Diablo, como pudo corresponderle cualquier otro.

—Y en el primer Congreso —dijo el médico Espinoza— también hicieron varias de esas funciones. Allí volvieron a escoger al trujillano para el papel de satanás... Eso leí hace tiempo.

—No —replicó la voz con acento didáctico—. La realidad de esa clase de presentaciones en aquella Asamblea ha sido negada últimamente. Dicen los entendidos que nunca llegaron a ocurrir. Fueron más bien invenciones, fantasías de historiadores que imaginaban cosas como si hubieran sucedido. Tal vez para hacer más vivos los relatos... Pero ¿en qué momento podían los congresantes de esa época, con los españoles, los canarios y hasta los franceses encima, estar organizando funcioncitas para pasar el rato? ¡No lo hacen ahora, cuando tienen más tiempo!... Antonio Nicolás personificó al diablo en veladas familiares. A lo mejor en más de una ocasión. Y como todos se conocían, empezaron a llamarlo de ese modo y se quedó con el apodo.

—Ahora, si vamos a llamar las cosas por su nombre —les razonó Espinoza— tenemos que aceptar que Briceño fue un hombre de carácter

fuerte y agresivo. Su temperamento lo hacía proclive a los actos riesgosos, a las acciones de aventura... Más por eso quizás se le pegó el apelativo.

—Falso Wilfredo. Estás en un error. El prócer fue persona muy normal. No un ser agresivo ni de afán aventurero... Era un hombre sereno, juicioso, que sabía reflexionar. Allí está por ejemplo su actuación en el mismo Congreso del año 11. Sus opiniones eran respetadas y oídas. Por encima de las de cualquier otro. La Independencia fue la única aventura en que se vio metido. Y le costó la vida.

Franquínez respiró, como si se hubiera aligerado de una carga. Los otros dos se dieron cuenta de que se hallaba contrariado.

Ellos sabían que el Técnico Jefe de la Granja era más que un simple apologista de El Diablo Briceño. Atraído primero por las historias que andaban de boca en boca y luego por las crónicas volanderas referentes al héroe, desde la adolescencia se dedicó a seguirle los pasos en libros y folletos. El buscaba una verdad que intuyó desde el comienzo y que presentía escondida bajo intereses pasajeros de los historiadores. Esa verdad era la comprobación de que por sobre todo Antonio Nicolás fue un hombre justo y no el forajido o criminal, como algunos lo habían catalogado... Pero el propósito inicial de sincerar los hechos había llegado a ser una obsesión.

—Yo estoy más de acuerdo con Reinaldo —manifestó Checame—. No hay duda de que el Coronel Briceño fue un patriota cabal...

—Nadie está diciendo lo contrario —interrumpió el doctor—. En ningún momento he pensado que nuestro ilustre paisano no lo fuera. Lo que sí creo, aunque no soy experto en estos temas, es que él llegó a extremos injustificables en la lucha. Y si fue un hombre sereno y controlado, entonces sufrió al final una gran transformación.

—¿Tú te refieres al fusilamiento de los dos españoles que ordenó en San Cristóbal?

—Y al envío de sus cabezas a Bolívar —completó el cirujano—.

—Bueno —concluyó el educador—, esos horrores y el programa de ascensos de acuerdo con el número de enemigos sacrificados, formaron parte de una guerra a muerte no declarada. ¡Claro que fue una barbaridad lo de los cráneos! Ese fue un exceso innecesario. Pero que él se viera obligado a aplicar la misma ley que los realistas aplicaban a todos sus prisioneros, cuando sin compasión los fusilaban o mataban a cuchillo, no es un crimen... Es más, esa contienda se hubiera perdido si los revolucionarios no hubiesen actuado como lo propuso Briceño. El mismo Bolívar así lo comprendió. La mejor prueba es el decreto de guerra sin cuartel que aquí en Trujillo se firmó.

—¡Perfecto! —proclamó Franquínez—... Como tú dices Checame, ese fue su único error. Un hombre de temperamento reposado como él debe haber atravesado por un momento de locura... Esa es una situación crítica, difícil, que creo podría darse solamente en circunstancias muy especiales en una persona equilibrada. Y a él nunca antes le sucedió. Fíjense que más bien fue partidario del perdón en casos de condenas de muerte a otros contrarios... Pero en el Táchira tuvo esa vez su hora maldita. Que a nadie se le puede desear.

—Sea como sea —volvió a decir el médico— la violencia lo arrastró. Porque la verdad es que se ensañó con él.

—Cargó con sus días, con su hogar y con todo lo que tenía... Sin embargo, la serenidad y la altivez lo acompañaron hasta el último momento. Esa carta que le escribe a su mujer poco antes de ser fusilado, lo muestra de pies a cabeza tal cual era.

Franquínez ya exhibía una no disimulada cara de alborozo. Se sentía recompensado, con el curso favorable del diálogo, del empeño puesto durante tantos años en contarle a todo el mundo lo que llamaba "la verdad encubierta" del caudillo de Mendoza.

Muchas reuniones habían hecho los tres y algunos otros más, para hablar del proyecto de un centro cultural, para discutir o enfrentar pun-

tos de vista y sobre todo para disipar la modorra del pueblo. Pero ninguna de resultados tan satisfactorios como ésta.

Tocaron a la puerta. Checame salió a abrir. La voz tronante del Oscurano torció el rumbo de la conversación.

—¡Desde cuándo los andaba buscando!... Quiero que hablemos varios detalles de la movida de mañana.

3

HASTA Monay —donde los finados habían ido a recoger los bloques de cemento— llegaron las averiguaciones.

Ezequiel Pedroza se unió al grupo que fue a reconstruir las incidencias del fatídico viaje.

— Ellos debieron entretenerse en algún lado —calculó—, antes de montarse de regreso en el camión... Porque de la mitad de la mañana, cuando seguramente terminaron de cargar, hasta la hora del volcamiento hay mucho trecho. Y de camino no son sino cuarenta y cinco minutos. Una hora cuando más.

Iban en una camioneta de servicio del Comando Unificado. Al personal oficial en comi-

sión, integrado por un comisario, un detective y el chofer, servían de acompañantes, además de Ezequiel, Orlando Ramos y Clímaco Morales.

De paso, investigaron en las gasolineras, los puestos de policía, las ventas de comida y los botiquines situados en las inmediaciones de la vía, si los habían visto pasar o detenerse. "Era un camión de casilla —decían—, amarillo, con el nombre de El Canario. Lo ocupaban varios hombres".

Indagaban sólo en busca de un hallazgo casual. Porque desde Butaque ya sabían que partieron aprovisionados de licor y cigarrillos. El Oscurano compró con ese fin dos botellas de ron, el viernes a mediodía, en el negocio de Jeremías Villegas. También se puso en claro que él mismo encargó veinte empanadas de avío a Paulina Suárez. Por eso, lo más seguro era que no hubiesen tenido necesidad de hacer parada alguna.

Y en efecto, casi nada se obtuvo del rastreo. Unicamente en la salida de Tabor, donde se enfila hacia Carora, un bodeguero informó que muy temprano, "serían como las siete", vio el camión que buscaba estacionarse. Y lo hizo a pocos metros, más allá del ventorrillo. Uno moreno se bajó y pidió "dos cajitas de fósforos". Volvió a salir y se marcharon.

—¿Cuántos iban? ¿Pudo usted verlos?

—No, no tuve tiempo... Eran varios. Más o menos como cinco.

"No eran cinco. Eran ocho... O han debido ser ocho. Siete ya están bajo la tierra. Son casos cerrados. ¿Pero el otro? ¿El Oscurano ese que no dejó ni señal por ningún lado?... De algún modo tenemos que saber si andaba en el convite".

La llegada al pueblito de Monay hizo apartar al comisario de sus cavilaciones.

Los ojos se volvieron a fijar en la página del diario de Valera que tenía sobre las piernas.

PARECE HABER NUEVOS INDICIOS

EN LA TRAGEDIA DEL CAMION

• Sigue sin ser hallado el cuerpo de una de las víctimas.

A tres días de haberse producido el fatal accidente vial en la llamada Curva de Tucutuco, cercana a la población de La Plazuela, donde perecieron siete trabajadores y hubo uno desaparecido, las autoridades están procesando un nuevo indicio que puede ayudar a esclarecer esta tragedia.

Se trata del descubrimiento, logrado en la experticia del camión que volcó, de una rotura en el conducto de la

liga de los frenos, la cual parece haber sido producida no por hecho casual sino por una acción deliberada.

Dijo uno de los funcionarios a cargo de la investigación –cuyo nombre por expresa solicitud mantenemos en reserva– que se aprecia en la pieza mencionada un desgaste aparentemente causado por un objeto o herramienta de acero, tal vez una lima o una segueta.

Como se recordará, el pasado sábado por la tarde un camión cargado de bloques, procedente de Monay cayó al río y se despedazó en la peligrosa peña de Tucutuco. Fueron rescatados en el sitio los cadáveres de Renato Valecillos, Jacinto Berroterán, Damián Sojo, José del Carmen Briceño, Juan Pablo Cornieles y Rodrigo Morales. Un herido grave, Virgilio Linares, falleció al día siguiente en el Hospital de Trujillo. Todos eran naturales de Butaque. El cuerpo de otro presunto ocupante –Clodomiro Rosales– no ha podido ser hallado.

¿Hubo premeditación por parte de alguien en este doloroso caso que ha conmovido a la colectividad trujillana? En estos mismos días puede quedar todo aclarado.

—Si quiere le da hasta la bloquera, en la salida de Las Minas.

Ezequiel dio más señales del lugar:

—Hay una casita azul a la derecha. Allí fue donde cargaron. Yo le di la llave del candado a Renato. No tuvieron más que abrir y traspasar los bloques. Todo estaba arreglado.

"Lo extraño es que reporten de Caracas que no hay nadie en la casa de este hombre. La mujer como que está de viaje y no ha aparecido por todo eso. Los vecinos no lo han visto en más de dos semanas... ¡Qué tipo más misterioso este individuo! Bien bueno le quedaba el remoquete de Oscurano".

—Nada Jefe. Ni siquiera uno de los litros que seguramente se bebieron.

—Toma huellas. En las puertas, en las paredes..., donde puedas.

Y más tarde en la bodega, cerca del puente, como a medio kilómetro sobre la misma carretera:

—Yo vi el camión. Pero de acá no se divisa con detalle. Entraban y salían, porque estaban cargando. No sé qué más hacían... Al mucho rato, como a los once digo yo, llegaron dos a comprar una botella de ron, seis sardinas y unos panes.

—¿Cómo eran?

—Uno moreno grueso y otro ya entrado en años, blanco, de frente grande.

—¿Recuerda cómo andaban vestidos?

—Bueno, el más oscuro tenía franela roja y unos pantalones medio-azules... El más viejo camisa blanca manga larga.

—Algún otro detalle que le llamara la atención?

—Pues no... Solamente que el mayor cargaba una gorra de cuadritos... Cuando les estaba despachando, los demás acomodaron la máquina debajo de aquel árbol.

"¡El Oscurano!... Puede ser. No hay duda de que esa es pista suya".

—Y ese señor mayor, ¿era blanco tirando a catire o blanco como si estuviera tostado por el sol?

—Imagínese, pa uno acordase de unas señas como esas... Ya le digo, aparentamente una persona fuerte, blanco como de su color.

—¿Y logró ver a los otros que se bajaron del camión? ¿Eran cinco? ¿Seis?

—No señor. Yo no los vi cuando se apia-

ron. Los que vinieron cogieron sus corotos y se fueron hacia el río. Debe haber sido a donde estaban los demás.

La cercanía del Oscurano empezó a insinuarse entre sus buscadores. Un objeto muy suyo anduvo bajo la luz que incendió aquella mañana los potreros y pastizales de Monay. Y debió andar, como siempre, sobre su cabeza alborotada.

—Cuando empezando la tarde oí una música, revuelta con el ruido de un motor, salí a la puerta a ver. Ya el carro, a todo tren, iba pasando el puente. Sólo quedó el polvero.

"Creo que nuestro hombre sacó también el pasaporte al otro mundo".

El, joven con el bozo poblado, se fija en el patricio que baja de su montura, en las afueras de Mendoza.

Alto, atlético, de rasgos firmes sobre la tez blanca. Al mismo tiempo de porte distinguido, de finas maneras que aun a distancia reflejan su don de gentes y su moderación.

Hace una venia discreta. El azul de plomo

de sus ojos lo suspende con vigor del contorno del tiempo.

—Yo sabía, Coronel, que usted tenía que ser así.

—¿Cómo así, joven amigo?

—Sencillo, reposado, de estampa que no asusta... No como varios lo han pintado: una fiera rabiosa.

El militar o el abogado o simplemente el hombre sonríe, con un ligero rictus de amargura. Quizás de desengaño.

—Cuando se arriesga todo, hasta la paz interior, por el bien de los demás, sin pedir nada a cambio, suelen cosecharse esos frutos de hiel.

—Pude ya conocer en mis estudios el libro de un gran escritor, en el que dice que usted es uno de esos hombres hechos de pólvora, a la que fácilmente dan fuego las revoluciones.

—¿Debí estar siempre al lado de mi hogar, gozando de las caricias de una vida apacible y reposada?... La patria era esclava y en la noche de la esclavitud no hay paz, no hay honra, no hay amor...

—Dicen que usted era primero tranquilo y confiado. Y que la osadía lo hizo capaz de lanzarse después en los abismos del crimen.

—Yo no he faltado a mi palabra. He sido consecuente con la ley de los patriotas... La independencia que hemos declarado no es una independencia de toda ley, de todo Magistrado, ni por ella quedamos autorizados para gobernarnos arbitrariamente. No..., es sí, una independencia del Gobierno Español, de sus Reyes y Ministros, y cualquiera potestad extranjera, que no nazca en este país y sea constituida por nosotros mismos... Esa ley es la inviolable, la digna de nuestro mayor respeto, y la que hará felices a nosotros y a nuestros sucesores.

"¡El tribuno, el gran tribuno!... Es verdad que el verbo se le enciende".

—Sí. He aprendido que usted ha obrado siempre con apego a esa ley. Solamente me hicieron dudar las palabras según las cuales el odio suyo a los dominadores de la patria lo llevan a cometer hechos crueles y bestiales.

—No soy un Tigre, sino muy humano, muy amante de la justicia y por esto mismo he abrazado aquellas ideas.

La niebla lo borra un poco. Aparece por instantes de peluca empolvada y grueso bastón, como cuando estaba en el Congreso o tal vez como cuando andaba de visita por los salones elegantes de España, Italia y Francia... La espada y el atuendo del guerrero recobran su nitidez.

"Es un patriota. No un malvado o criminal".

Los vocablos se le vuelven espesos y quemantes. El rostro se endurece y asume un tono de cinabrio.

—¿No tendré yo derecho de matar los españoles que encuentre, y los tienen éstos para vejarnos, robarnos y prendernos y aun matarnos en nuestro mismo país?

Gesticula con energía. Discurre en torno a la estela de víctimas dejada por los realistas desde Caracas hasta Quito y más allá. "Basta —dice— una ojeada sobre el número de patriotas que gimen hoy en las bóvedas de Puerto Cabello, La Guaira, Cumaná, Puerto Rico y en el pontón de Maracaibo..."

—Entonces Coronel, sí se justifica haber decapitado a los dos viejos españoles aquel día de abril en San Cristóbal.

—Esas muertes darán quizás la vida, no sólo a nuestros compatriotas, también a los mismos enemigos que huirán al ver la severidad con que nosotros procedemos...

"Un hombre temerario cuando se le ofende su dignidad y la de los suyos".

Ahora él lo ve dialogar —y le parece que lo hace en forma convincente— con el Coman-

dante Castillo, quien fuera, junto al General Bolívar, destinatario de las cabezas de los ajusticiados.

—Me ha estremecido el acto que usted ha ejecutado —le habla el neogranadino—. Y le abunda en reproches y negativas de recursos.

—Yo siento a la verdad una decisión de esta naturaleza... Pero como no he hallado todavía una razón que me convenza de ese que usted llama error, permanezco en él, cierto de que es el único medio de salvar a mi patria con alguna seguridad.

Queda fija por un tiempo inmemorial en su retina la entrevista. Como un daguerrotipo añoso, polvoriento. Bruscamente, cuando él jamás puede esperarlo, se atraviesa en el campo visual la figura sangrante del Coronel, en un primer plano de impiedad. Se desploma de golpe, la cara al aire, sin vendas, sobre la tierra plana. El azul acerado de sus ojos logra decirle con firmeza: "Muero orgulloso de mi conducta, sereno y altivo...".

El estruendo de la campana del reloj lo hizo saltar y erguirse en medio de la aplastante soledad del cuarto. Las dos de la mañana. Era martes. Al mediodía seguramente ya estaría dando en Caracas la mala nueva del accidente del compadre.

Cuando la camioneta de pasajeros partió de los costados de la plaza, a diez para las tres,

un sobresalto se le agolpó en el pecho. Y eso que sólo después del amanecer vendría el periódico de Valera que traería la sospecha. Ya él entonces iría andando muy lejos.

Los testimonios de las últimas horas de Clodomiro Rosales en Butaque fueron tres y de muy diversa índole.

Ninguno de ellos trascendió a más de dos personas. Y aún no se sabe si guardaban relación uno con otro.

El primero:

Paulina Suárez llegó a la casa del Oscurano casi a las ocho de la noche. Esa vez cogió la calle franca, por lo tarde, y no la senda esquiva que hace posible cubrir en menor tiempo, entre matorrales y totumos, el trecho desde su vivienda solitaria.

Ya en el atardecer ella le había llevado las ropas limpias y planchadas. Fue cuando le encargó las provisiones para el viaje. Y cuando convinieron que barrería hasta el patio y lavaría los pisos de cemento. "Por si acaso no se va a ninguna parte y aquí mismo en la mañana ponemos la rochela".

El estaba tendido en el chinchorro.

—Hay casi dos docenas de empanadas en la cesta —le dijo con respeto, mirándolo en el momento en que el cuerpo grueso se esforzaba por lograr incorporarse—. De carne y queso entreveradas. Las traje en un mantel porque no conseguí ninguna vianda.

Fue a la letrina en la parte de atrás, como si no la oyera. Regresó al corredor y se refrescó la cara en la ponchera. Se pasó un peine por el cabello ralo. Con un paño amarillento secó las gotas que se le regaban por el cuello.

—Que quede todo bien limpio, como un espejo —dijo, poniéndose la guayabera marrón y la gorra de cuadros—.

A pocos pasos de la puerta de salida se detuvo.

—¡Qué raro que no trajiste a tu hija Fernanda para que te ayudara!... ¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

—No, ni lo quiera Dios. Es que ya es un poco tarde... Además, pa esto me basto y me sobro yo don Clodo. ¡Ni que fuera cosa de otro mundo!

—Bueno. Yo volveré tal vez a media noche. Cuando cierres sólo tienes que apretar el candado... Saludos a la muchacha.

—Con gusto.

No lo volvió a ver más. La casa quedaría como ella la dejó, más o menos a las tres horas de él haberse marchado.

El hallazgo lo tuvo cuando quitaba unas telarañas en un rincón del aposento. Vio la orilla del papel como si fuera el borde de un billete, disimulado en una angosta raja del bahareque. Era una hoja con las puntas cuidadosamente dobladas hacia el centro. El texto escrito con letras menudas, en líneas casi todas muy derechas.

Ella pensó en lo que después le fuera confirmado. Sintió que ese entresijo podía revelarle mucho de aquel hombre que siempre se mostraba tan arisco y misterioso. Lo guardó con sigilo en el seno. Y siguió trabajando hasta dejar terminada la tarea.

Sobre las once, al regresar, puso en manos de Fernanda el intrigante documento.

—Sí —declaró al par de minutos—, es una carta... De amor.

—¿Pa quién?

La joven se mostraba cohibida. Un discreto temblor delató su sonrojo.

—No se sabe... Vea lo que dice:

Encanto:

No sé hasta cuándo más tendremos que esperar. Ya no soporto. Te siento a cada instante a mi lado. Te veo en mis sueños. El fuego de mis deseos está devorando la sangre de mi corazón. Y tú sigues poniendo esta separación entre nosotros.

Desde que besé el aroma de tu pubis y le introduje mi hombría aquella tarde, me quedé con el encantamiento y esperando que el cielo me brinde de nuevo el día de hacerte mía otra vez.

Que la sangre va a llegar al río dices tú. De eso no te preocupes. Ten malicia, mucha malicia y nada más. Confía en mí.

Estoy seguro que tienes las mismas ansias que a mí me están matando. Entonces para qué esperar más?

Volvamos a salir el miércoles que viene.
Mismo sitio y misma hora.

Te adoro

—¡Miren al sinvergüenza! —exclamó la

cándida Paulina—. ¿Quién será la santica, que bien guardado se lo tiene?... Porque eso del pulis debe ser el bollo, ¿no es así?

La muchacha no respondió. Sólo hizo un gesto de extrañeza.

—Que Dios nos coja confesados... Sea como sea, ni un tris a nadien de lo que esa carta dice. Por la memoria de tu padre muerto.

El segundo y el tercer testimonio fueron orales:

"Confiéseme padre, que he cometido sacrilegio..."

La figura desgalichada se dobló sobre el reclinatorio, el rostro escondido entre las palmas de las manos.

"Cuenta, cuenta todo hija mía, para que el Señor se apiade de ti"... "Es una cosa terrible padre. Caí en la tentación. Un hombre se aprovechó de mí y me hizo dos deshonras"... "¿Dos? ¿Cómo pudo ser eso?"

Las quijadas se le trancaban. Un borbotón de sangre le estrujaba el pecho y le bloqueaba la garganta.

"El llegó a escondidas a la casa, cuando mamá no estaba. El viernes por la noche, como a las nueve o tal vez un poquito antes. Empezó

a manoseame-y-a-manoseame. Ya otro día me había propuesto que le diera mi cuerpo, pero yo no acepté, usté sabe, porque soy una muchacha honrada. Tanto dio hasta que alcanzó a acostame encima de una estera. Primero me arrancó mis ropas íntimas. Yo no podía resistir. Además él es muy fuerte y... este es el pecado padre, yo me di cuenta que también quería y me dejé hacer".

Largó un llanto ronco, cortado por ahogos.

"Serénate hija mía. No tengas pena en sacar todo el pecado. Libérate del tormento y busca con tu arrepentimiento la mano de Dios. ¿Cuáles fueron las deshonras?"... "Bueno, él me quitó el vestido y en un santiamén se desnudó. Me metió las manos en mis partes ocultas. Me besuqueó por todos lados. Me iba volviendo loca padre"... "¿Y entonces?"... "Vino la primera deshonra. Cómo sería padre que parecía un báquiro endiablado, dándome hasta rompeme mis carnes y haceme sangrar. Cuando se sació, al mucho rato, nos paramos. Yo creí que se iba a ir. Pero no fue eso lo que hizo"... "¿Más? Pero ese no es un hombre. Es una bestia".

Ella estaba abatida. Casi no podía completar su confesión.

"Se acostó en el chinchorro boca arriba. Me llamó con engaño. Entonces me agarró a la fuerza y me hizo subime de espaldas sobre él. Y

fue la otra deshonra"... "¡Ave María Púrisima!..

Fernanda, con la vergüenza desbordada por toda su humilde humanidad, buscó un rincón del templo para pagar su penitencia.

El tercer testimonio se refirió a un hecho capsioso.

"Yo vi saltar el bulto —le confió Rufino Aldana a su mujer Francisca— por encima de la pared del garaje de Juan Pablo. Y fijate que eso es alto... El susto que me llevé fue macho. Me hice a un lado de la puerta, pa poder mirar con disimulo... Cayó agachado y se enderezó con rapidez. Aunque cogió hacia arriba, hacia La Cantarrana, pude ver bien que se trataba del Oscurano, pa que se completara mi sorpresa"... "¿Y qué haría ese hombre a esta hora de medianoche en esas andadas tan extrañas?... "Seguramente se quedaría encerrado, cuando guardaron alguno de los carros"... "Pero sería que estaba bien dormido, porque allí no guardan carros a esta hora. Nunca lo hacen, sino cuando más a las siete"... "Bueno, no es cosa de nosotros. Por si acaso y pa evitanos enredos o cualquier clase de brollos, es mejor que nos hagamos los de la vista gorda. No vayais a comentalo, por nada ni por nadien".

B

1

REINALDO Franquínez tiene de nuevo enfrente, en el Centro Penitenciario de Tocuyito, a quinientos kilómetros de Butaque, las imágenes del cortejo de los siete ataúdes y de todos los velorios.

A pesar de los seis años transcurridos, desde cuando le fue dictado el auto de detención, suele repasar las circunstancias de aquellos hechos ya lejanos, como si los estuviera viendo en una resposición fílmica incólume.

Ya casi van a bajar el primer féretro. El está colocado a la cabeza de la hilera de fosas. Las lámparas de carburo con su luz pestilente elevan el dramatismo de la escena. Luce grotesco el cerco de figuras desdibujadas.

—Puedes ser tú quien hable en nombre de nosotros —le había dicho el médico Espinoza—. Y así fue convenido.

Improvisa como puede, en el ajetreo de las exequias, unas palabras conmovedoras que a poco de haber sido comenzadas se enredan con sus lágrimas y luego quedan truncas en la aridez de su garganta.

Ahora, en esta otra cara del presente, le remuerde la conciencia y lo sumerge en espasmos de cólera la inocentada que enlodó la oración a sus amigos: "¿Y cómo poder silenciar este doble dolor que nos aflige, en el caso de nuestro querido hermano desaparecido Clodomiro Rosales?... Tener casi la certeza de su muerte y no poder dar cristiana sepultura a sus despojos, bajo esta tierra que lo acogió como hijo propio y que jamás lo olvidará".

Una inocentada que conoció el primer aliento cuando lo tuvo una tarde de invitado en su casa y alcanzó las más altas atmósferas con el bautismo del único hijo Juan Reinaldo.

—Queremos que se eternice esta amistad... Por eso te ofrecemos al muchacho para que lo apadrines.

—Para mí es un honor, Reinaldo..., Ernidia. Desde hoy, más que compadre soy un hermano hasta la muerte.

—¡Qué mejor guía —ella volviéndose al muchacho— que la mano de un hombre experto, conocedor de los peligros del mundo!

A estas alturas, ¿quién puede conocer a ciencia cierta la exacta y verdadera opinión de Juan Reinaldo?... Desde los días del infortunio ha estado a cargo de la abuela en Escuque. Tiempo de prueba, que puede haberle endurecido el alma o sublimado su aflicción en un hondo afecto y compasión filial.

Imberbe aún, en el tránsito hacia la baja adolescencia, ha despuntado no sólo en estatura. El talento heredado lo tiene ya —creativo, emprendedor, dueño de sueños— sobre la cúspide de la enseñanza media. Y se lo ve también con prematura madurez en templanzas y lealtades.

Es como ha podido calibrarlo Reinaldo en las cuatro o cinco visitas que en este par de años más recientes le ha dispensado el hijo en la prisión. Las dos primeras veces con un amigo de Trujillo, sin la abuela, sujeta en su montaña por una interminable sucesión de achaques. Después, solo o con el tío hasta Valencia, desde donde Tocuyito se halla a un paso.

Ya en el encuentro inicial, después de conocer la verdad de los hechos por boca de su padre y el oscuro porvenir de ocho años más en el presidio, salvo un sobreseimiento de la causa

o un indulto, tuvo una salida de pasmosa entereza:

—No es por nosotros que debes preocuparte. Mal que bien nos defendemos, con lo que la haciendita le produce a mi tío, con las chucherías de la Vieja y mi trabajo en el Concejo... Tienes que pensar primero en ti. En tu salud y que no te vaya a pasar nada aquí adentro... Tienes que tener fe. Yo te estaré esperando.

Franquínez no pudo esa vez disimular la congoja y el terrible descontrol interior que le causaba aquella increíble jugada del destino y su impotencia para marchar abiertamente en compañía del hijo.

Lo recordaba —como lo recuerda en este instante— cuando estaba aún muy chiquillo, en una bicicleta de tres ruedas, tratando en Motatán de mantener la más alta de ellas con porfía sobre una línea de los rieles del ya olvidado ferrocarril que iba a La Ceiba.

¡Motatán!... Mis primeras experiencias como Técnico Forestal. Sus gentes serviciales y amables. El aire de guarapo de caña del Central. Los vapores milagrosos de los baños termales. El gran amor de esa mujer. El nacimiento de mi único retoño...".

Y lo veía —como lo ve— el día de la mudanza a Butaque. Correteando por las aceras

de la plaza, jugando gárgaro con los otros niñitos de su edad, tirándole semillas secas a los mangos maduros y corriendo presuroso al rescoldo materno cuando aparecía la imagen patriarcal del policía.

Como pudo verlo aquel lunes por la tarde, en la casa solariega de la Vieja, en Escuque, a donde fue a llevarlo antes de su viaje definitivo hacia Caracas.

—Aquí te quedas con mamá... Una vez que dé el parte en la casa de tu padrino Clodomiro y busque algún material que necesito, ¡y por supuesto: unas cositas para ustedes!, regresaré... Será cosa de tres o cuatro días. Les dejo suficientes recursos. Pórtate bien.

El mocito, de apenas once años, era ya el germen de este decidido Juan Reinaldo Franquínez, hacedor de un mundo nuevo.

—Descuida papá. Mi tío y yo atenderemos a la Vieja... Me agrada que seas tú el que vaya a hacer la diligencia. Avísanos cuando llegues y cuando te vayas a venir... Cuidado con las gentes malas papá.

"¡Cómo podía él o yo ser adivino!"..

Había llegado a Caracas poco después del mediodía.

El mismo tuvo que disponer parte del lunes para tratar de localizar a la única persona que podía —por lo menos en Trujillo— dar siquiera una referencia aproximada de la dirección del hogar de su compadre. Era Leonidas Contreras, el taxista amigo de viajes y farras del Oscurano. Aunque fue finalmente Orlando Ramos el que logró dar con el paradero del baquiano, ya en el anochecer.

—La verdad es que no sé con precisión en dónde vive. Las veces que lo llevé nunca se apeó frente a su casa. Siempre decía que estaba cerca, a una o dos cuadras, y allí mismo se quedaba.

—Pero más o menos, ¿por dónde lo dejabas?... Estando allá puede ser más fácil, preguntando a vecinos, dar con la residencia.

—En la plaza Pérez Bonalde. Desde una de las esquinas que están enfrente del mercado, pueden buscar hacia los lados de la calle Barinas. Ese es el rumbo que él cogía.

Venía bien instruido cuando llegó a la ciudad de su misión. Ella, por lo demás, no le era extraña. Se había graduado de Perito en Turmero, en el verde soleado de los Valles de Aragua, y en el tiempo de sus estudios programó tres o cuatro incursiones a la metrópoli avileña. Después sumaría otras dos visitas más, cuando ya ejercía su profesión.

Espinoza, meticuloso desde sus años de Medicina en la UCV, le abundó en previsiones y consejos:

—No te vayas a alojar en hotelitos de mala muerte de la Avenida Baralt o del mismo Nuevo Circo. En esos sitios lo que puede es agarrarte una redada. Métete en uno de los que hay por la Urdaneta o en El Duque, muy cerca de la Plaza Bolívar... Te instalas y según las circunstancias te mueves hasta Catia o hasta los otros lugares de las diligencias que piensas realizar. ¡Más céntrico no puedes ubicarte!

Esa tarde, sobre las cuatro, salió, anhelante, a llevar la noticia.

—Si por casualidad —le indicaron en el pueblo— la señora dispone venir a estarse acá unos días, nos avisas con toda rapidaz la fecha de partida.

Caracas estaba como envuelta en cenizas. El ruido y el atropellamiento de las calles le daban a ratos el aspecto de un mercado esclavista o de una feria de computadoras y robots. Ya era sólo un dolido recuerdo su ambiente acogedor y amable de otros años. Sin embargo, el Avila, por gracia natural, conservaba la espléndida imponencia de sus aristas y hondonadas, y el sol se hacía más transparente sobre sus lomos de aceituna.

Descendió hasta El Silencio. El aluvión de

tenderetes, mercachifles y basuras de los mil efluvios y colores disolvió por largo trecho su presencia provinciana. Al fin salió a la plaza abierta. En una de sus esquinas aún estaba la joyería donde comprara los anillos cuando fue a desposarse con Ernidia.

"Como tú los querías... Delgados, de oro mate. Pensaba en tus manos finas y sedosas en el momento de comprarlos. Ahora no hay necesidad de imaginarlas. Porque las tengo entre las mías. Como están en mí y dentro de mí tus ojos de musgo con rocío, tu boca de pomagaza y tu cuerpo de pan tierno... ¿Recuerdas que te tengo ofrecido un cuento en el que tú apareces dos veces como estrella? La estrella-novia y la esposa-estrella. Estas palabras pertenecen desde hace días a ese relato. ¿Cómo podré armarlas para que entren en él y alcancen la forma que deseo? A lo mejor jamás lo lograré. Quizás sólo me salgan unos simples apuntes o una historia cualquiera".

Subió al autobusete. Un diario de la tarde mostraba un titular gigante: "SIGUE EL ROBO DE NIÑOS / PARA EXTRAER SU SANGRE"... Los pasajeros comentaban incrédulos la ola nueva de criminalidad. Uno hizo un chiste grueso:

—Antes los vendían con todo y sangre. Y hacían según parece un buen comercio. Pero el pesebre se puso alto. Por eso le andan sacando el cuerpo a llenarles la boca.

"¡Qué barbaridad!... A tipos como esos debe hacerse la guerra sin cuartel. Aplicar la justicia que aplicaba El Diablo Briceño. Porque esa es una ofensa a la civilización que tanto cacareamos. Y él sí sabía cómo ponerle cura".

Junto a los pensamientos radicales, lo animaba el aliciente de que Juan Reinaldo estaba ya crecido y menos expuesto, por esa misma circunstancia, a que lo atrajesen engañado para causarle una maldad. Pero todavía corría peligro, porque —por listo y perspicaz que fuese— no eran sus propios medios suficientes para alcanzar a defenderse. El sintió entonces un sobresalto similar al de la madrugada en que partió de Butaque.

En Pérez Bonalde se bajó. Y empezó a preguntar por la vivienda de Clodomiro Rosales, el compadre.

— Un señor grueso él, blanco tostado, pelo ralo canoso, que casi siempre carga una gorra puesta.

Los primeros consultados negaron conocerlo. Pero uno de esos mozalbetes que son cámaras fotográficas en las esquinas de Caracas, dio unas señas que ayudaron a despejar el rumbo.

—Tal vez sea el que silba tangos de Gardel... ¡Sí, el de la gorra! Cruce más adelante a la derecha y pregunte en una de esas casas al final.

Casi a la media cuadra, un viejo en un tarantín con venta de cerveza indicó sin asomo de duda:

—¡Ah!, ese es Clodo. Ayer también vinieron preguntando por él... Hace más de dos semanas no lo veo. Ni a su mujer... ¿Por qué tanto interés? ¿Se sacó algún premio de los gordos?... Siga dos casas más. En la de reja azul, creo que es 84.

Tocó dos veces a la puerta. Las sienes le aleteaban. Luego se oyeron pasos y el ruido de un cerrojo.

—¡Reinaldo!... ¿Tú?.

—¿Y qué haces tú aquí Ernidia?.

—El es el culpable de que me haya fugado... Te lo juro. Me enamoró y me obligó a que lo siguiera.

—¿El compadre?

—¡Qué compadre del diablo!... Ni eso ni amigo tuyo ha sido nunca.

A esta penitenciaría entró un jueves a las diez de la mañana. Fue traído directamente de

Caracas, de la Cárcel Modelo, donde permaneció dos años.

El, por sus propios medios, había ido a entregarse en la Jefatura de la Parroquia Catedral, el día que le tocó vivir la hora maldita y que un giro violento torció sus pasos hacia el despeñadero.

Antes, jamás estuvo preso. Porque no podría llamarse tal a un impúber de juegos inocentes que estuvo detenido durante media tarde, con otros muchachos de su edad, cuando entre forcejeos derribaron un banco de la plaza y debieron ser escarmentados, más por exigencia de los padres que por imposición de las autoridades.

Verdad es que él ya no tenía padre en ese tiempo. Lo había perdido cuando apenas contaba cuatro años, víctima casi segura de un hecho que nunca fue aclarado. Pero la madre, hacendosa, perseverante, diligente, asumió sin titubeos sus sagrados deberes frente al hijo y, con la ayuda del único hermano, pudo representarlo en propiedad, como si no hubiera existido un vacío tan grande y también tan imborrable en sus vidas.

Todavía arrastra la marca, como hierro en la sangre, de aquella muerte dudosa, que le fuera revelada, en los comienzos de la mocedad, por el mismo tío materno Alcides. Y con persistencia aflora desde el brumoso mundo

imaginario del suceso... Raimundo Franquínez que baja, "más o menos a las diez de la noche", desde la esquina de la Jefatura, donde las cuatro o cinco horas del coloquio ritual de todos los días han sido consumidas. El mismo Raimundo de siempre, pero esta vez, desde hace algunos meses, con el sello de Secretario accidental de la Primera Autoridad. Porque es un hombre instruido, de muy buena letra y conocedor de muchos oficios. Por eso ha sido igualmente Secretario del Juzgado y Presidente de la Junta Comunal, así a trechos, cuando sus ocupaciones le dan tiempo... Deja a un lado las tres puertas del local del frente de la casa, el que está alquilado al negocio de Pirela, y busca para el reposo la única entrada, en la oscura bocacalle, a la casa de familia, desolada durante toda esta semana por el viaje a los baños de cura en las aguas termales de San Rafael de Motatán... Y los gritos desesperados a las dos de la mañana. Y el susto de la señora Juana, la vecina. "*¿Qué le estará pasando a Mundo? Voy a ver*"... El cuadro extraño del Viejo sentado en la cama, asfixiándose, retorciéndose, ya sin el habla, y Pirela, que casi nunca dormía en el local de la bodega, parado allí frente a él. "Vaya doña Juana, busque una fomentera, está muy mal"... Ella que va saliendo y oye a distancia la súplica: "No me acueste, me muero". Al regreso, el cuerpo estirado, que se va quedando quieto. La fomentera sobre la boca del estómago y cada quien de nuevo a sus durmiendas... El Jefe que se abre paso, con el amanecer, entre el alboroto de las gentes, hasta el cadáver

lleno de moretones en el abdomen y la frente... "Tuvo que haberse golpeado con la cama, cuando le repitió el ataque, después que lo dejé tranquilo. Yo no lo oí". "Debe tener doscientos diez bolívares en una de las faldriqueras del pantalón. Anoche le pagué en la Jefatura su quincena". Y el mismo Pirela que responde: "No, solamente tiene veintiocho bolívares sencillos en el bolsillo chiquito". Como si él fuera de su confianza o de su parentesco... Después el dictamen sagrado del médico venido de Trujillo: "Muerte por derrame cerebral". Todo frente al mueble de seguridad de las pertenencias del Viejo, forzado y violado y vuelto a cerrar con disimulo... "Hasta en la urna se le veían los rasponazos y las magulladuras. Pero qué más podíamos hacer sino enterrarlo. Si nos hubiéramos metido con los trajines de denuncias, sin pruebas, ¡quién sabe a dónde nos habrían hecho parar los detectives y abogados!..

El contador Cortines, Alejandro Cortines, que paga aquí una pena por haber arrollado a un transeúnte y ser el responsable de su muerte, lo vio llegar y recorrer el pasillo hacia el mismo calabozo. Pudo escudriñar sus maneras y desde el principio comprendió que se trataba de un individuo decente, pero cuyo aplomo, firmeza y seriedad estaban también al descubierto.

Quizás por el caudal de afinidades que inadvertidamente los acerca y por la imperiosa

necesidad de sobrevivir, en este antro del olvido y de la sordidez, Cortines y él han trabado una relación que va más allá de la amistad respetuosa. Han sellado un pacto de mutua defensa, a todo riesgo, hasta ahora inconmovible por el pago periódico que efectúan a un tercero de dentro de las rejas para su protección.

Más que a su fortaleza, perspicacia y don de mando natural, ambos deben a esa circunstancia el liderazgo que detentan por encima de la animosidad y frecuentes enfrentamientos de los restantes habitantes de su celda. Un poder que vigilan y refuerzan cada día y cada noche, alimentado además con el recurso, frágil pero relativamente eficaz, de su acción decisiva en la canalización de las fuerzas instintivas, a través del estudio y de las responsabilidades compartidas. Un poder que, sin embargo, se mantiene en el limbo y puede verse pulverizado en cualquier amanecer.

Las diferencias que ellos dos guardan entre sí no son de mucha monta y más bien los hacen complementarse. El, aunque especialista en la rama agropecuaria, siente una especial predilección por la historia y la literatura. Estas materias le proporcionan sus mejores lecturas. Por eso, las veces que el hijo ha venido a visitarlo, o el doctor Espinoza o Juan Andrés Briceño u otros amigos, sólo ha encargado que le traigan un libro de algún determinado tema histórico o una novela o un volumen de cuentos. Siempre dice, y así lo confiesa a los compañeros de pre-

sidio, que en general la escuela venezolana presenta un gran vacío, desde la primaria hasta los niveles superiores. Ese vacío consiste, a su entender, en que las enseñanzas cubren meticulosamente todas las etapas de la historia nacional y del mundo, con datos y referencias que en muchos casos llegan a ser abrumadores, pero cuando se entra al siglo veinte, "que son las aguas donde nos encontramos navegando", ya casi no hay tiempo para esclarecer los grandes hechos y para hurgar en las advertencias o lecciones que nos hayan dejado. Eso es lo que explica —repite a cada paso— que en lo personal cada quien deba valerse de los medios a su alcance para informarse o tener una orientación aproximada de los acontecimientos y que el país haya andado a tientas, como ciego confiado a la buena fe del lazarillo... La prueba de su afición intelectual es que, en el instante de abrir su morral en la cárcel, extrajo tres volúmenes que ha cuidado en lo posible: "El Quijote", "El Señor Presidente" y un grueso tomo, que un día le apareció casi despedazado y del cual debió deshacerse, con estos caracteres impresos en la tapa: "Venezuela Moderna".

Cortines, por su lado, se entretiene en largas ejercitaciones matemáticas, en prácticas constante de contabilidad sobre trozos de papel y en el estudio esporádico de temas económicos. Siempre, además, se las ingenia para obtener folletos referentes a sencillos ejemplos de labores manuales. Esos materiales lo habilitan para idear proyectos, que muchas veces resul-

tan fantasiosos, y para iniciar a sus compañeros en el aprendizaje teórico de un oficio.

La acción que los alienta ha irradiado en ocasiones hacia otros pabellones. En sesiones conjuntas, supervisadas por las autoridades del penal, han dictado cursos de alfabetización, para los cuales han apelado incluso a las viejas recetas del manual de Mantilla.

Ellos, igualmente, estuvieron entre el grupo que una vez planteó, ante una numerosa comisión oficial, mejoras fundamentales para la población de la que forman parte. Promovieron un taller de pintura y contribuyeron en la organización de los primeros cursos de un Liceo dentro del penal, en el que figuran también como enseñantes. Y aun así les queda tiempo para hablar, alguno que otro día, de la intimidad escabrosa de sus casos.

Una de tantas tardes, a solas en un rincón del patio, Cortines le confió con tristeza toda la dicha de su fiesta de bodas. La ceremonia de la iglesia, entre el calor familiar; las esperanzas y promesas bajo la escarcha volandera del arroz; la fuga ilusionada... "Teníamos tres años de casados —le decía— cuando me golpeó la mala suerte. Ahora la quiero más, porque mi amor es doble: por ella y por el hijo que nos nació dos meses después de haber entrado a la prisión. Aquellas noche y la del nacimiento del muchacho son las cosas más grandes de mi vida".

El se erizaba cuando oía la narración. Buscaba las mil formas de esconder sus secretos. Sin embargo, cuando el otro no pudo contar más, se apoyó en su confianza para revelarle los detalles que sólo al abogado y al juez había tenido que explicar.

—Mi caso, como sabes, se parece mucho al tuyo. Pero en lugar de dicha me ocasiona el dolor más bárbaro que un hombre pueda padecer... Por tratarse de ti y también, para qué negarlo, por mi propio alivio, voy a confesarte lo que desgraciadamente me pasó con ella.

Cortines captó en el acto el gesto altivo y la mirada dura.

Tiene cuarenta y un años en verdad y aunque aún luce recio, su rostro ha adquirido una expresión de marchitez. La lozanía de los tiempos de Butaque ya casi no se advierte y en su lugar los surcos desafiantes pueblan el descaecimiento de la piel.

El cabello se le aprecia más retirado de la frente, apenas con un asomo del negror que presentaba en la tarde de la hora maldita, cuando, ya detenido, fue operado en el hospital de emergencia.

Pero este largo cautiverio le ha servido para ganar en madurez. Cumple con eficiencia las tareas del presidio y lee y escribe sin parar. Sus hechos, y hasta sus gestos, van mostrando las huellas de una serena reflexión; de un milagroso crecimiento que ha sido la obra de su propia paciencia y de su fe.

El mismo a veces se descubre en la actitud de un humilde maestro, "de esos —asienta— que no están buscando la oportunidad de erguir el pecho en el acto de las condecoraciones". Cada día se acerca más al conocimento y valoración de las entrelíneas de la vida; a lo que llama "la simpleza de las grandes obras".

Por eso probablemente apartó por breves días el relato en que trabaja con empeño, para escribir un artículo que espera ver publicado en un periódico y que tituló: "Maestros Anónimos".

Ese texto, un poco romántico e ingenuo, dice así:

"Hablar de la trayectoria vital de hombres que pacientemente han entregado su esfuerzo al callado cultivo de la cultura; referirse a las circunstancias y repercusiones de su obra, es muchas veces esbozar la biografía de innumerables pueblos. ¿Por qué no habría de iluminarse la estampa de Trujillo en los rasgos modestos de quienes en gran parte han amasado su presencia de hoy?. Casi todos vuelven sus ojos a

los hechos gigantes, a los colores encendidos, olvidando que la gracia del mundo está hecha de las cosas más simples y sencillas, y que mil suaves cromos han estado presentes en la grandeza de los lienzos más célebres.

"Cierto es que en el estrecho espacio de una nota no cabe todo cuanto pueda decirse de los maestros anónimos, pero sí honrar en tres o cinco de ellos la imperturbable acción edificante de los que han nutrido sus raíces entre la algarabía y el sueño de los niños.

"Trujillo, como toda Venezuela, tiene en muchos de sus pueblecitos y ciudades, venerables maestros que encarnan el sentimiento colectivo; auténticos líderes sociales, que han desbordado en la conciencia de sus comunidades el mensaje de robustecimiento educativo; hombres singulares cuya entereza y vocación han servido de guardianes para la formación de incontables generaciones.

"Uno de esos educadores, de talla indiscutible, es Segundo Antonio Calderón; don Segundo, como todos le dicen en su amado pueblo de Pampán. Cerca de la plaza de aquella localidad, vecina a la ciudad de Trujillo, está la Escuela Federal Graduada "Francisco de Sales Pérez". Allí el honorable don Segundo reparte —desde la inquietud de sus ojos guarecidos entre el fino cristal de sus lentes— bondad y cariño a manos llenas, amor por la cultura, regocijada comprensión de las cosas del hombre y

de su mundo. Es Director, uno de los más eficientes que he conocido en mi vida. No se cree émulo de John Dewey —como muchos otros— o especie de arquetipo profesional que considera "loco" o "mequetrefe" a quien disiente de sus puntos de vista. Antes por el contrario, su humilde escuela respira un fresco aliento de tolerancia y un dinamismo formidable recorre los pasillos saltando entre maestros y alumnos.

"Es probable que a solas con sus amables conterráneos, este valioso trujillano haya fortalecido su alma en las páginas inmortales de "El Quijote". Loco fue el Ingenioso Hidalgo, y tal vez porque se le secó el seso —como apuntó Unamuno— fue capaz de tan descomunales aventuras, más locas todavía, que sembraron su nombre en los pasos de la posteridad...; gracias a haber perdido el juicio pudo realizar sus famosos quijotadas, metido en los vaivenes de su espíritu, con abstracción de muchas circunstancias materiales que constituyen la locura de innumerables cuerdos. Enhiesta la frente, un tanto idealista, optimista siempre, a don Segundo Calderón le basta 'la sagrada alegría de entregar el pensamiento'.

"Creo que uno solo de sus gestos sea suficiente para medir su condición de hombre y la proyección de su calidad profesional. Hace muchos años, de un pueblo cercano a Pampán que no tenía escuela graduada, doce niños concurrían a las aulas de la "Sales Pérez". Don Segundo les permitía quedarse en el instituto

durante las horas del mediodía. Allí hacían unas consuetudinarias "vacas" y compraban en la bodega más cercana lo que habría de ser el almuerzo de todos. Al noble y bondadoso Director comenzó a preocuparlo la difícil situación de aquellos muchachos humildes. Convocó entonces a las familias más distinguidas y les habló largamente y les pidió que cada una de ellas con posibilidades llamara diariamente a su mesa a uno de esos niños. Lo logró. Y él dio el ejemplo llevándose al primero. En el regreso a sus casas, por la desolada carretera, salpicaban ellos sus conversaciones —felices— con las incidencias de los almuerzos abundantes.

"Otra cifra de incalculables valores dentro del magisterio nacional, metida allá en la conformidad y silencio de la provincia trujillana, es don Nicomedes Bastidas. Estuvo muchos años entre las voces de los niños y entre los peligros inminentes de los deterioros de su escuela. Hasta un día en que su cara rechoncha y bonachona tuvo necesidad de curiosear —por imperativos especiales— ya no en los libros y las inquietudes infantiles, sino en los menesteres de un taller mecánico, para lo cual —entre otras cosas— también tenía capacidades. Pero detrás dejó don Nicomedes la ejemplar luminosidad de su obra, hecha con cariño, con definida convicción de venezolano integral; sin hambre de aplausos, como las obras más trascendentales y perdurables.

"Nicomedes Bastidas era maestro de una

escuela unitaria, y cuando se creó en su pueblo —Butaque— la escuela graduada, no había pupitres; sólo una vieja casona destartalada para meter en ella seiscientos niños barrigones y escuálidos... El activo maestro —que antes enseñaba gratuitamente a sus alumnos para mandarlos a Trujillo a presentar los exámenes de los grados superiores— diligenció ante la comunidad, en una asamblea que nadie olvida nunca, todo lo necesario para amueblar las ruinas de la escuela. Pero no paró allí: fue el carpintero en un taller improvisado y sus alumnos —junto a otras personas del pueblo— los entusiastas ayudantes. En pocas semanas hubo pupitres para todos, y hubo teatro escolar después y parcelas cultivadas.

"De don Pedro Alirio González, honorable betijoqueño metido por más de treinta años en las labores de las aulas, podría decirse otro tanto. O afirmar, como lo hizo un escritor merideño, refiriéndose a don Chuy, el maestro de Timotes: 'Lo ha hecho todo a todos. Encarna por eso la personalidad del educador que hace de su función diaria un apostolado tan fervoroso como irrevocable'.

"Estudioso, emprendedor, capaz; con una clara visión del devenir social, su humanidad tiene la pureza del símbolo entre las buenas gentes de aquellas latitudes trujillanas. Las escasas remuneraciones y las ingratitudes propias de un elevado servicio como éste, jamás han hecho flaquear su aplomo y calidad humana.

"En estas condicionesa han sucumbido incontables generosos maestros, en el olvido y desconocimiento colectivos. Ante el ejemplo expresivo y brillante de conformidad y grandeza espiritual que nos dejaron, y ante la calidez de su obra profunda, clamamos en esta oportunidad por el maestro anónimo de la provincia venezolana".

Se veía descender al piedemonte andino, en traje de campaña, sobre la briosa cabalgadura que en Cartagena enjaezara un mes atrás.

El relumbre de la espada bajo los anuncios del dilatado sol llanero. Los últimos cedazos de brisa fresca y de aromas del lejano frailejón. Las cascadas de armiño que hacían el eco del trote de las bestias.

Siete jinetes lo seguían. Siete corajudos que componían el cuerpo de la caballería, en marcha sin tregua a la persecución; a la caza del forajido, y al cobro de su afrenta y de la horrenda urdimbre de sus muertes.

Era su oficial Comandante. Pero los galones no acusaban distingos, ni las guerreras ni los aparejos de montar. Habían jurado compartir una causa y la obsesión del ajusticiamiento

valía más que el tamaño del tiempo; más que las veleidades y la putrefacción del egoísmo.

Salían en actitud de acecho a la llanura. Inquirían en los poblados, rastreaban en las guaridas de los facinerosos, ofrecían recompensas, cotejaban hipótesis sobre probables derroteros del prófugo.

Nadie tenía noticias. Sabían de sus fechorías, burlas y desmanes; de su disfrute con el tormento ajeno, de sus crímenes de lesa humanidad, pero no conocían su paradero.

Dejaban las veredas del campo, perseverantes, confiados en la razón de su cruzada. Abrían las puertas de las ciudades. Ordenaban batidas en los garitos, prostíbulos, cuchitriles de contrabandistas y asaltantes, recovecos propicios a las trapisondas y celadas. Indagaban con las legiones de malhechores del común. Pero no lograban obtener ni un indicio siquiera.

Publicaban requisitorias en los diarios y mostraban la imagen del bandido en las pantallas de la televisión. Aviones y tranvías lanzaban mariposas con las señales del delincuente fugitivo. Brigadas especiales bloqueaban las vías de acceso y de salida, la red completa de la circulación.

Hasta que aparecía, cínico y arrogante, en un conciliábulo de personeros, insospechables e intangibles. Entonces él, Comandante del

Cuerpo, disponía el apresamiento; constituía a los siete lugartenientes en jurado y dictaba un bando para el proceso sumarísimo.

El reo concurría a las audiencias y respondía los cargos:

—Usted está acusado de extorsiones y chantajes a personas e instituciones. La lista completa se encuentra en ese tomo que tiene entre sus manos. ¿Qué puede usted alegar?

—No es el caso alegar. Sólo sostengo que en el mundo hay el vivo y el pendejo. Y que éste siempre cae porque no tiene más remedio. Es la operación de rutina. Pero cuando él colabora, la trampa se convierte en un arte exquisito y pegajoso.

—Se lo inculpa de perversión y violación de mujeres inocentes. ¿Qué dice en su descargo?

—Ustedes señores del jurado me conocen. Saben que no soy un santo. Sólo un alma pecadora como muchas. Y si las tentaciones andan sueltas por la vida, ¿Cómo podía yo privarme de gozarlas? ¿Cómo no saborear, yo que soy un mortal, los licores del pecado? ¿Que eso pudo hacer hundir a alguien?... Siento misericordia. ¡Mi experiencia era la de un ser lleno de dicha que se estaba salvando!

—A usted se lo hace responsable de violar

un sacramento, burlarse de uno de los diez mandamientos y desbaratar un hogar. ¿Puede decir algo en su defensa?

—Todo lo que podría responder es que cuando uno se enamora se olvida de las leyes terrenales y divinas... Del que queda atrás dicen que Dios se apiada.

—Hay indicios y testimonios que lo acusan de haber provocado una tragedia, con el pretexto de eliminar a una persona que tarde o temprano le pediría cuentas de una ofensa a su honor. ¿Qué responde a este señalamiento de culpabilidad?

—Quise hacerles simplemente una broma; una trastada, para divertirme después con el chasco, cuando me lo contaran. Pero la cosa fue a mayores y ellos, por mala suerte, en lugar de hundirse en el río se quedaron flotando para siempre en el aire... Ahora ustedes deben ser imparciales para decidir en justicia si merezco el castigo o el perdón.

El juicio brevísimo concluía. Salían del Regimiento, el Comandante y, entre los siete ejecutores de la pena, el condenado a la decapitación.

Al amanecer del día siguiente, subían el cuerpo a una alta nube del cielo montañés y lo dejaban caer, como un fardo lleno de bloques

de cemento, en las crecidas aguas del Castán, justo al frente de Tucutuco.

Ningún prójimo se dio por enterado.

2

—NO pude soportar tranquilamente aquella sorpresa y aquella revelación que me hizo a quemarropa.

A pesar de haber transcurrido tanto tiempo desde el suceso que desgració su vida, se removía alterado y, más que rencor, había una sombra de pesar en sus palabras.

—Entré violentamente, ya sin control, sin uso de razón; le dí a la puerta un puntapié y me le encimé para acabar con ella. La tomé por el cuello con la decisión de estrangularla. No tuvo tiempo de gritar. O no lo quiso hacer... Vi cuando sus ojos se abultaban y se ponían brillantes. Sentí en las manos un comienzo de estertor. Entonces de repente su cara se me pareció tanto a

la de mi hijo, como implorando compasión, que la solté y busqué un asiento... No sabía si llorar o matarme o desaparecer.

Cortines asiente, enmudecido... Le pone una mano sobre el hombro, en muestra de comprensión y solidaridad, para reconfortarlo.

—La casa se veía sola, percudida, como si hubiera estado abandonada mucho tiempo... Ella se repuso y se sentó en una silla mugrienta, deshilachada... ¿Y quién más vive aquí?, le pregunté. "El y su mujer", me respondió... ¿El?, volví a decir, nuevamente sorprendido por aquella declaración inesperada... "Sí, él. Hoy al mediodía vinimos de Carora, donde me tuvo viviendo cuatro meses por todo". Hablaba con una constante carraspera... Pero si a ese tipo —le repliqué— lo dan por muerto allá en el pueblo, en un accidente que se produjo el sábado y donde se mataron otros siete. A eso vine yo aquí como un estúpido, a traer la noticia a la que creía que era su esposa... "El sábado —contó— muy temprano en la mañana se presentó al hospedaje de Carora donde estuve metida y por la noche se echó una rasca de película"... Quiere decir, calculé, que él tiene que haber preparado de algún modo ese accidente. Por lo menos él estaba seguro de lo que iba a pasar y por eso escapó. ¡Es una escoria!... "Claro que lo es —me completó—. Lástima que tan tarde hayas podido darte cuenta. Y en lo sucedido con los que dices tú que se mataron, él debe ser el responsable. Por algo estuvo toda esa

madrugada de Carora cantando entre su borrachera: 'Adiós para siempre adiós'. Lo estuvo repitiendo, con el litro en la mano, hasta que al fin cayó vencido por el sueño''... Esas expresiones me decían que la desvergonzada venía de regreso de su amado serafín. Y ese fue el comienzo de mi venganza, de la compensación que me debía. Pero dentro de mi tribulación, me quedó clara la idea de que muy seguramente había sido yo el objeto de sus planes y acciones homicidas. Porque sólo conmigo, y en ese momento lo comprendí con toda claridad, tenía una deuda y él era tan cobarde que no podía correr el riesgo de enfrentarla.

Cortines iba midiendo en las reacciones súbitas la dimensión del desgarramiento interior de su amigo de prisión.

—¿Por qué lo hiciste? —. Fue lo único que quise que me dijera de su propia boca... ''No sé —me contestó—. Nunca podría explicarte las razones, porque ni siquiera yo misma las conozco. El la agarró por cortejarme, por adularme, por ofrecerme un mundo lleno de rosas. Se valía de tus ausencias cuando ibas al trabajo. Y la primera vez caí por debilidad''... ¿En nuestra propia casa?, alcancé a preguntarle. Dijo: ''Sí. Es una falta que cometí como una loca. Quise pedirte que nos fuéramos a vivir a una parte donde nadie nos conociera. Pero no tenía razones para obligarte a dejar tu puesto en la Granja que tanto habías soñado y que tanto te gustaba. Para que él no fuera a dejarte saber esa in-

mundicia, lo complací a salir a los hoteles y, después, para poner fin a ese tormento y a ese riesgo, me vine con él hasta Caracas"... ¿Así que estuviste aquí primero?, le exigí que me explicara... "Sí, aquí en esta misma casa, los dos meses siguientes luego que me escapé"... ¿Y la esposa de él no vive aquí?. "Siempre ha vivido —confesó—. Yo dormía en una habitación y ella en la otra. Pero, a pesar de todo, es muy buena gente y ha sido conmigo cariñosa".

El refirió a Cortines la repugnancia que sintió cuando la que había sido su mujer se expresó de esa manera. Sólo quien hubiera perdido todo rastro de pudor podía pensar y hablar así... Poco más de medio año le había sido suficiente para llegar al envilecimento.

Con destellos de ira, le relató todo lo que ella siguió diciendo por su cuenta, sin que fuera requerida para nada. Cortines coligió que la soledad estaba junto a ellos, entre los frisos desvaídos, entre el desamparo de Dios, entre sus almas desabridas que ya jamás podrían volver a marchar juntas.

"Cuando llegó de Butaque —dizque dijo casi al final de aquel último encuentro— me ofreció que de lunes a martes nos vendríamos, para reunirnos aquí con la señora. Parece que tiene una semana en Curazao y que debe llegar mañana con ropa para vender, como otras

veces lo ha hecho, a crédito o de contado cuando puede... Si sabe que voy a estar aquí, algo me trae. Yo la ayudo con los quehaceres de la casa, la limpieza y la poca comida que se acostumbra preparar, para que pueda dedicar el tiempo a ofrecer su mercancía... Si esa no fuera la forma de tratarnos, para mí esto hubiera sido un calvario más amargo y mi vida habría acabado...".

—Bruscamente le interrumpí la retahila... ¡No me interesa! grité a todo pulmón. Anda a contarle tu bella historia a un confidente... Y ahora dime, ¿dónde se encuentra ese gusano?... "¿Qué voy a saber yo? —me repuso—. El entra y sale cuando le da la gana. Se pierde por días o por semanas. Llega rascado o bueno y sano. Puede venir tranquilo o con un genio de mil diablos. Nadie nunca sabe de dónde sale ni para dónde va"... Tomé entonces un cuchillo que estaba en un armario y la compelí a declarar lo que sabía... "No pienses Reinaldo que te estoy mintiendo —replicó—. Ya no podré volver a hacerlo. Nada conozco de su bendito paradero. Y por mí no sabrá que tú has venido. Lo único que un día oí decir a la señora es que él tiene sus comederos por el Puente Guanábano. Más nada. Ahora puedes matarme si lo quieres. Te juro que me harías un bien"... La empujé hacia un rincón y largué el arma. Busqué la puerta de salida. Cuando abría para ganar la calle, me expresó en alta voz: "Si en algo te satisface, quiero que sepas que me di el gusto de voltearlo en Carora con otro".

La carta parece oler a vega bañada por el río, a batido tibio del trapiche, a mistela de la semana santa.

Está firmada por Juan Andrés Briceño, "jurisconsulto" —como él ha preferido nombrarlo— desde hace cuatro años.

De ella trasciende también el tiempo detenido.

"Apreciado Reinaldo:

"Recibe los saludos de todos tus amigos de siempre, que te recuerdan con cariño, y mi solidaridad invariable.

"Con ellos justamente he estado comentando la narración que estás escribiendo, o mejor dicho: que estás por terminar, basada en tu experiencia personal, además de las otras cosas de la imaginación que agregas, y que me mostraste hace un mes en mi última visita a la prisión. A todos les parece muy bien que te cultives. Saben, como yo, el talento que tienes y la constancia que te acompaña. Esas páginas pueden servir incluso en tu propia defensa. Aunque bien sé y así me lo hiciste ver que lo que te interesa es poder llegar a publicar una obra litera-

ria y que la gente te lea. Te manifiesto eso sí con toda sinceridad que los términos en que me confiaste escribirás la última parte son muy brutales y exagerados. Deberías revisar esa idea o cambiarla. De todos modos allá volveremos a hablar, casi seguro el último domingo del mes entrante.

"De aquí puedo contarte algunas cosas buenas y otras malas. Primero las malas:

"Pasaron dos hechos fatales que Butaque entero ha lamentado. En ellos encontraron la muerte dos personas que apreciábamos mucho y que tú conociste.

"Cuando yo tenía apenas una semana de haber llegado de Valencia, sucedió el lance lamentable entre el Prefecto Manuel Carrasco y Cristino Torrealba. No sé si ya tendrás noticias de esto. Fue algo terrible y todavía parece que no hubiera ocurrido o que fuera una pesadilla. Ambos habían tenido hace varios años un disgusto, por tonterías de palabras, aunque algunos dicen que por cuestiones de unas faldas. Lo cierto es que ese jueves al mediodía Cristino subía solo hacia la plaza, por la acera que está enfrente de la Junta Comunal y de la Prefectura. Empezaba a andar la cuadra, cuando de la quincalla de Ernestina Cedeño, que se halla al otro lado, le habló Carrasco y lo llamó a que se parara y arreglaran lo pendiente. Salió al centro de la calle y los testigos cuentan que le decía: 'Sacá el revólver, a ver si es verdad que lo

sabeis disparar'. Así varias veces y Cristino caminando, sin hacer caso. Entonces Carrasco le hizo unos tiros a la tierra y después a los pies. Eso se debió quizás a que no quería atacarlo con ventaja, porque Carrasco era un buen tirador, reconocido. Cuando llegaron a la esquina y Cristino sintió más cerca los disparos, sacó el arma y la accionó cuatro o cinco veces. Dos balas dieron en el pecho a Carrasco y otra más en una pierna. El revólver de él se había quedado ya vacío. Tuvo tiempo de sacar un puñal y avanzó hacia Cristino, pero no lo alcanzó. Cayó hincado cerca del poste de la luz y se dobló de frente sobre el suelo. Así murió. ¿Te acuerdas de lo bien que se portó cuando la tragedia donde pereció mi hermano y los otros amigos en la curva maldita de Tucutuco?. Cristino se encuentra ahora en la cárcel de Trujillo.

"El otro accidente nos sorprendió hace apenas veinte días y le costó la vida a Fernando Vergara, el dueño del ingenio El Algarrobo. Como tú sabes era una buena persona. Creo que esto te dolerá bastante, porque supo tratarte en todo momento con mucha distinción. Pero tengo que contártelo. Sé que jamás me perdonarías que no lo hiciera. El estuvo la noche anterior aquí en el pueblo y conversó largamente con varias personas en un banco de la plaza. Parece que iba hacia Trujillo. Y en la mañanita, cuando bajaba hacia la hacienda, se detuvo de nuevo por un rato. Era lunes. Como a las diez de la mañana se regó la noticia. El perdió un zapato en el canal que larga el agua sobre la

rueda del molino. Quiso agarrarlo pero la fuerza de la corriente lo arrastró hasta las aspas, sin que pudiera agarrarse o hubiera tiempo para cerrar las compuertas. Le fue triturada toda la pierna derecha y parte de la izquierda. Lo rescataron aún con vida, pero falleció en el hospital.

"Una de las buenas nuevas se refiere a tu hijo Juan Reinaldo. Es todo un hombre, serio y fundamentoso como el padre. Estuvo aquí pasando los días santos. Se quedó con nosotros en la casa. Ya le empezaron a hacer efectiva la beca en la universidad. Me satisface que haya escogido la carrera de derecho. Va muy bien. Es despierto e inteligente. El sí será seguramente aquel nuevo Antonio Nicolás que tú soñaras, figura grande del foro y del congreso, y con quien en un arrebato de emoción me llegaste a comparar. Dios ha de permitirnos verlo cuando corone sus esfuerzos. Ese muchacho lo merece porque tiene un alma buena y pura. Fíjate que su gran angustia en esos días era no haber conseguido traer a la Vieja, que se quiso quedar en Escuque con tu tío.

"Y la segunda novedad que confío va a agradarte se relaciona con las gestiones de sobreseimiento que hemos hecho para ti. Como te dije personalmente, Wilfredo Espinoza y yo hemos realizado numerosas diligencias para lograr que algunos amigos abogados de Trujillo se interesen por tu caso. Hemos avanzado bastante. Y en la última gira que efectuó por estos

lados el señor Presidente, tuvimos la suerte de que nos recibiera a tres de nosotros, el doctor Sergio Valecillos, Wilfredo y yo, en una audiencia realizada en la Gobernación. Se mostró receptivo a nuestra petición de gracia. No nos aseguró nada inmediato, pero recibió con atención el planteamiento por escrito y prometió que ordenará un informe sobre el particular y decidirá oportunamente con la amplitud que sea posible. Puede ser que en el peor de los casos, te conmuten el resto de la pena por un confinamiento es este Estado. Esa entrevista, mi amigo, ya constituye un triunfo. ¡Cómo saldríamos de contentos, que esa misma noche celebramos! Por tu causa hermano y por el futuro de vida normal que tanto te deseamos.

"La que constantemente me pregunta por tu salud y por tu situación es Matilde Mendible. Es una sincera y consecuente amiga tuya, a quien tal vez deberías escribirle.

"Y es todo compañero 'escritor'. ¡Ojalá que se te cumplan tus aspiraciones de conseguir quien te imprima esas historias! Son muy sentidas y pueden llegarte a hacer famoso. Dios quiera. ¡Pondríamos una fiesta!

"Hasta pronto. Ya nos veremos.

"Juan Andrés".

Argimiro Uzcátegui había sido su compañero de estudios en Mérida. Juntos se recibieron en la misma promoción de Técnicos.

Reinaldo sintió un oasis en su atormentado mundo interior cuando lo divisó en las vecindades del mercado de Quinta Crespo. Reaccionó instintivamente: ¡Argimiro!..., ¡Argimiro! Y se coló presuroso por entre el atolladero de gentes cargadas de compras y de hastío, hacia su encuentro.

Ya tenía asentado en la cabeza el propósito de darle caza, por su propia cuenta y riesgo, al fugitivo. En tantas noches y días de deambular por las calles de Caracas logró dar forma al plan de resarcir la afrenta y el homicidio fraguado para acabar con su existencia y que cobró en la vida de otros siete inocentes.

El hallazgo fortuito del amigo encajó en el cuadro de su obsesión. Pero supo esconder las intenciones.

—¡Qué de tiempos Reinaldo!... ¿Qué haces tú por estos lares?

Empezaba el bochorno a girar en la mitad del cielo. Buscaron refugio en uno y otro sitio

para departir sin estorbos; para retomar el hilo del mundo de ilusiones de su primera juventud. Y también, ¿por qué no?, para regodearse en el balance de sus realizaciones.

—Yo vine a varias diligencias de trabajo —le mintió al compañero—. Pensaba estar dos días y me he quedado. Creo que pasado mañana pueda regresar.

Contó que hasta esos mismos días había sido Jefe de una Granja Agropecuaria en Butaque, una población de Trujillo. Que allí su desempeño por cinco años resultó tan exitoso que al volver llevaría en el bolsillo el nombramiento de Supervisor del Ministerio de Agricultura y Cría para la Zona de Los Andes. Expresó que le dolía dejar su viejo cargo, en un pueblo que lo sabía distinguir y en el que se sentía como un nativo más. Era el futuro de su hogar —agregó con disimulo— la circunstancia que lo impulsaba a aceptar la nueva posición, en busca de una mayor prosperidad.

—¡Entonces te casaste!. ¿Qué tal te va con tu mujer?. ¿Tienen hijos?.

—¡Claro!... Contraje matrimonio al poco tiempo de graduado, con una muchacha de apellido Villasmil de Motatán, donde empecé a ejercer. Hemos tenido un hijo, que está bastante grandecito... Somos muy felices. Ella —dijo con la mayor impavidez— es una santa.

—¡Que bueno!... Yo en cambio cogí por otros rumbos. Me aparté de los oficios del campo, porque a mí no me acompañó tu buena estrella. No pude conseguir un cargo que valiera la pena, ni un crédito para abrirme paso por mi cuenta. Así que estuve por un tiempo con el título en la mano y viviéndome a los viejos. Por eso decidí dejar lo que tú bien conoces había sido mi vocación desde muchacho... Hice unos cursos de mercadeo, trabajé como vendedor con buenos sueldos y ahora tengo la satisfacción de ser asistente del jefe de ventas de la empresa... No te voy a negar que la credencial de Técnico me ha servido de mucho. Eso lo toman muy en cuenta... Y en lo de las mujeres, estamos de la luna a la tierra. Yo nunca me he casado. He tenido amigas con las que he convivido, sin muchos rollos ni problemas. Ultimamente, desde hace un par de años, soy como se dice el marinovio de una muchacha oficinista, que tal vez no podré llamar una santa, pero vale un platal. Tiene buenos sentimientos y se deja querer.

—Ahí sí como que está mordiendo el pez...

—Sí, puede ser. Pero nosotros no nos avenimos a casamientos y esas cosas. Ambos queremos ser libres y es lo que hemos resuelto. Compartiremos mientras seamos felices.

Reinaldo torció hacia el recuerdo de las andanzas de estudiantes.

—¿Y qué habrá sido del carajito aquel que casi nunca se bañaba? Las medias caminaban solas cuando se las quitaba y las tiraba debajo de la cama.

El quiso forzar una situación de hilaridad, no sólo para hacer más elástica la charla, sino para desembarazar el camino hacia el objetivo que ya se había trazado.

—¡Raimundo Benitez Leal!... Famoso por la hediondez de los pies como por su inteligencia. Ese tipo llegó a ser diputado en una Asamblea Legislativa, no puedo precisar si de Bolívar o Monagas. Debe haber seguido palante porque estaba muy metido en la pomada.

A Uzcátegui le relumbraron los ojos con el octavo trago que se echaba. Con avidez volvió a la hebra suelta de la conversación.

—¡Y tú sabes que el mariolo que llamaban Suspirito se volvió un abogado de primera y llegó incluso a ser Juez en no sé qué ciudad del interior!... ¿Te acuerdas que era la querida de Melanio Rodríguez?. Le sacaba las espinillas, le untaba crema en la cara y se ponía pantaletas de seda para dormir con él.

—¿Cuántos no lo habrán pisado en sus sentencias?

—O a cuántos —enmendó el vendedor—

habrá él cautivado con sus atractivos y donaires, porque hoy en día es un millonario.

—Lo que no sabemos es si alguno del grupo llegó a ser ingeniero, como muchos deseaban, o a ser alto jefe en las políticas agrarias.

—Bueno, el primero que conozco eres tú. Porque de aquí en adelante vas a ser un jefe de verdad. Y eso merece que por lo menos esta noche sea celebrado en grande.

Reinaldo vio llegado el momento. Pidió otra ronda de tragos y aflojó con indiferencia el planteamiento.

—A propósito... Estoy pensando en el riesgo que me va a tocar semana tras semana en esas carreteras. Y creo que voy a necesitar un arma por si acaso. Aunque nunca he sido partidario de portarlas.

—Chico, eso quiere decir que a mí me va a tocar la honra de poner en tus manos de gran jefe el escupeplomo que vas a cargar amarrado en la cintura.

—¡Cómo va a ser!... ¿Tú sabes de alguien que me pueda vender...

—No hermano. Soy yo la persona que le va a solucionar ese problema... Tengo una pistola y un revólver. Uno de los dos me está sobrando en realidad... Quiero eso sí que no

sea la pistola, porque es un regalo de mi negra querida. Y si no me la vuelve a ver me bota.

—Me dejas entonces el revólver y te lo sabré agradecer... ¿Cuánto crees que debo darte por él?

—Por esa tontería no vamos a pelear. Ponle tú el precio. De todos modos es tuyo desde que empezamos a hablar. Mañana te lo entrego en el hotel.

El hombre solo y asustado ¡qué iba a entender la hermana de sus ocultaciones! se le instala con empecinamiento en la cabeza.

Llega otra vez, como antes, a tomar agua de la tinaja. El cancel de hojas de revistas y periódicos, el curtimiento de los trastos, los boquinetes del piso que quizás fue de cemento. En el fondo, la saya de crehuela colgando de la armazón de bejucos rugosos no puedes ser tú Elvira.

¿Quién lo puede creer?. Ella había sido una mujer. Las redondeces de pomarrosa, el pelo de espigas de maíz, los ojos de guarapo del trapiche y ¡cómo podría negarlo tío! si es lo que a usted le gusta.

—Dame razón de Ennodio.

—Allí está en el cuarto, igual que siempre, esperando la muerte... Si quereis asomate.

La cara solamente, todavía reconocible, de aquel que dio el paso en Escuque por el tío y que, no te metás Ennodio, este es un lance solamente entre los dos y por qué no Alcides si esa piltrafa no es hombre para usted, salió con un tiro en esa rodilla que ahora tiene un clavo por dentro. Fue antes de que le respondiera, sin el miedo que le alumbra las cuencas en este cuchitril, y muy a su pesar le quitara la vida.

Quiere hundirse más en el rincón y arroparse con los zócalos que sostienen, ni siquiera poder imaginarse que haya tenido otro monmento así, el camastro de tablas. No propiamente sentado sino casi en cuclillas, las diez uñas de tierra de las manos Carayito el mendigo no tenía otra forma ni manera buscando el rescoldo de los diez garrones de asfalto de los pies.

Uno tiene que ser como las matas de plátano le decía el Viejo Alcides o si no buscar el modo de hacerlo, pero para guardar qué le contestaba Ennodio y este balanceo de la cabeza hacia adelante no era tan pronunciado, aunque se le notaba a la hora de hablar o de cantar "Espejito Compañero" o "El Viejo Enterrador de la Comarca".

Y qué sentido tiene seguir refrescándole otros días, que si Reinaldo, el hijo de Raimundo Franquínez, el sobrino de Alcides Farías, tal vez su mente perdida en uno de los autobuses manejados por él durante tantos años en Caracas, para que solamente haga el gesto aprobatorio y repita "sí, el hijo, el sobrino", con una lejana timidez de sonrisa en los ojos ausentes.

Luego de nuevo el susto y esa intención, no se imagina usted Vieja lo grande que es esa ciudad y lo bonita que es la avenida Los Caobos, de huir en retroceso. Y el silencio, que mucho menos el fantasma de ella puede quebrantar.

Y la pesadez de esa mirada temerosa que un hombre tan caballero y servicial, tan tranquilo y seguro como Ennodio Terán es persona de tratar. Bastaba oirlo referir sus esfuerzos en una tierra para él desconocida, que llegó a descifrar y a conquistar como se le ven todos los detalles y se enamora a una mujer que a uno le gusta, aunque Caracas para mí es la mejor, la reina más completa, y pude acercarme a ella con mis escasos recursos de chofer.

Es como la cara oscura de la luna. Y parece mentira que antes la haya tenido luminosa, brillante. El pelo en rollos pegados sólo desde la coronilla que no se puede decir porque los hombres deben llevar como Ennodio su cabello limpio y bien cortado; sus camisas bien puestas y los zapatos pulidos, y nadie va a negar la

buena impresión que causan, de firmeza y de alegría.

No puede venir la desdicha de esos años. No puede haberle empezado el terror en los trabajos que tanto le gustaban, en los tratos con las gentes de las calles abiertas de la ciudad que gozó en hacer suya. Qué felicidad más grande puede haber que sentir el calor de los demás, ver y compartir sus afanes, responder los saludos de los que muy temprano suben a un autobús para buscar la suerte que Dios les pueda dar y después en las noches se despiden hasta la luz del otro día.

Tal vez la clave esté en el disparo que le salvó la existencia al Viejo Alcides, un acto que no tendrás con qué pagar, una obra de padre para hijo o de hermano sagrado y nadie aquí en esta casa jamás podrá olvidarlo. Aunque es muy seguro que Ennodio nunca lo necesite.

Pero no, no fue la acción de bien. El siempre dijo que se sentía orgulloso de ese comportamiento. Porque eso mismo hubiera hecho por él su amigo de la infancia. Hasta en la cárcel, por lo menos en la de Trujillo, lo afirmaba. Sin rencores y menos con temores infundados.

La cárcel. Se hizo a la medida de los hombres, lo reconfortaba el Viejo Alcides. Vos sabés que en este mundo se está con un pie en ella y otro en el cementerio. Cuando salgás verás que sos más experimentado. Te sentirás más segu-

ro. Yo no conozco el primero al que se haya tragado un calabozo. Tené fe que de aquí palante te alumbrará mejor el sol. Además la cárcel no es eterna, ni este pedazo de pocilga qué lo iba a pensar él puede llamarse cárcel ni otra cosa parecida en la felicidad que es sentir el calor de los demás. Sólo es la cara de la muerte.

Y con cuál propósito volverle a preguntar si siente algún dolor, para que solamente responda, encogiéndose más: "un dolor".

Es la soledad y susto que él después no desearía tener.

3

LAS acciones que fue desarrollando emergieron, como expresión natural, del fondo de la grave decisión tomada.

Primero hizo una llamada de larga distancia al Prefecto Carrasco. En su despacho existía el único aparato telefónico de Butaque. Le comunicó que debería demorar algunos días, para cumplir a cabalidad el cometido, porque la esposa del desaparecido Clodomiro aún no había retornado a su domicilio, que ya tenía localizado. El mientras tanto realizaría otras actividades de interés personal. Le pidió que enterase de estos particulares al doctor Espinoza y a los demás amigos.

Luego resolvió cambiar de hotel. Para eva-

dir a Uzcátegui y su característica inquisición y suspicacia. También para mantenerse a cubierto de la posible área de circulación del burlador. Se instaló en un discreto hospedaje, familiar y acogedor, de la Urbanización San Bernardino. Disponía así de todas las facilidades de movilización y se hallaba a corta distancia del lugar donde probablemente el destino le tenía reservado el compromiso de honor de velar a un enemigo público.

Después remitió dos telegramas, que consideró un deber elemental y con los cuales llevaría tranquilidad a los íntimos que quedaron atrás, pendientes de sus noticias.

Uno:

"Juan Reinaldo Franqüínez
"El Guayabal
"Escuque. Trujillo.

"Imposible regresar estos mismos días. Asunto me trajo ésta y otras diligencias oblíganme permanecer aquí. Confío sigas comportándote bien como siempre. Mantente muy junto la Vieja y tío. No hay motivos preocupación. Te quiere y bendice. Papá Reinaldo".

Dos:

"Alcides Farías
"El Guayabal
"Escuque. Trujillo.

"Debo quedarme por más tiempo. No sé exactamente hasta cuando. Obligaciones me retienen. Ruégole atender con esmero salud y necesidades la Vieja y el muchacho. Utilice a su criterio producto haciendita para estos compromisos y cualquier circunstancia se presente. Después hablaremos. Saludos a todos. Bendígame. Reinaldo".

Sintió que así quedaba libre, para actuar en justicia, como un hombre que se respete debe hacerlo. Era lo que tenía sembrado en la cabeza.

Más adelante empezó a desplazarse con sigilo, tras las huellas de su enigmático deudor.

Nunca había practicado un seguimiento semejante. Tampoco contaba con vivencias de desenlaces en traumas de esta naturaleza. Esas carencias y su apego religioso al concepto históricamente cultivado de la honra del varón, lo confundían y lo turbaban. Pero no se devolvía de su obsesivo empeño. Nada podía alertarlo de que se iba hundiendo irrevocablemente en una ciénaga.

Se orientó en un principio hacia las cercanías del habitáculo que conocía del vividor. Resolvió montarle guardia, con suma discreción, para conocer sus movimientos. Deseaba en realidad observar cuando saliera a sus andanzas y seguirlo para averiguar su guarida con toda precisión. Eso hizo, en tres ocasiones, por

tiempo interminable. Espiaba acunado en el rincón del muro de una esquina. Los resultados fueron siempre negativos... "¿Habrá huido —se decía—, conocedor ya de que se lo acusa o se lo busca? ¿Se iría de viaje otra vez?... A lo mejor no mentía cuando le dejó dicho a la querida que informen a quien pregunte que anda por San Cristóbal".

Entonces apeló al segundo recurso que se había fijado en su estrategia. Fue directamente a lo que llamaban "los comederos por el Puente Guanábano"... Son varias cuadras a la redonda, de calles irregulares y sinuosas. No obstante, tenía necesariamente que empezar por algún lado.

De toda el área, un callejón angosto con tres casas aparentemente solitarias, lo hizo pensar en la posibilidad de que el energúmeno tuviera allí su madriguera... Desde las ruinas de un solar casi enfrentado, observó con detenimiento las derruídas fachadas. Sobre el dintel de la puerta de entrada de uno de los inmuebles estaba colocada una placa que decía: "Hacer el bien al prójimo / es mandato del Señor. / Alabado sea Dios"... Debía ser —calculó— el recinto piadoso de una secta. Nada más de particular, fuera de la miseria y del silencio.

Cuatro días había permanecido en el sucio escondrijo, debajo de una mata de uva-de-playa, desde la mañana hasta el anochecer.

Sólo su terquedad y una corazonada lo llevaron a perseverar de esa manera.

Se había jurado no regresar al día siguiente y buscar un nuevo mirador en otro sitio, cerca siempre del puente que antaño fuera tan temible.

El recuerdo de la vieja estructura, montada sobre dos altísimos peñascos, donde muchos buscaron el suicidio, lo llevó a un deslumbrante pensamiento: "¿Y si es abajo..., en alguna casucha lindante a la quebrada? Esas ideas se le removían en la cabeza, cuando de pronto oyó el ruido de una llave que abría una cerradura. Asomó apenas un ojo por la pared desportillada. Pudo ver primero el tercer caserón. Giró un poco a la izquierda y allí estaba, debajo de la placa del letrero. Con la gorra de cuadros, una guayabera azulenca, unos pantalones grises bolsudos y unos lentes oscuros.

"¡Maldito! ¡Rata!... Ahora mismo vas a ser entregado".

Dio un salto sobre el pedazo de muro. En dos trancos traspasó la calleja. El revólver iba firme en la diestra.

Serían como las tres y media de la tarde.

El fuego estallante de mirtos y granadas; de pomagazas, jobos y cerezas tiñe a intervalos el cielo neblinoso.

Diciembre de los villancicos lánguidos que bajan de El Cerrito. Diciembre de los pesebres de encanto que hace la Niña Aurora. Diciembre con los anuncios de las Buscas de Niño, fiestas paganas de hechizo colectivo en una de las cuales él llegara a ser *Doctor*.

Lo recuerda vivamente, en la plenitud del conticinio, sobre el camastro de este hosco rincón del calabozo.

Concurren al traspatio de la casa de largos corredores con pisos de ladrillos. Está empezando enero. Tienen por espaldar la hilera de rosas y cayenas. A la sombra de dos encendidas trinitarias, la Niña Aurora reparte los *diálogos* que cada quien deberá memorizar. Un poco como cuando ensaya el catecismo para las primeras comuniones.

"De ese modo han debido entregarle el papel de El Diablo a Antonio Nicolás".

A Checame Briceño le dan el San José. A Matilde la Virgen. A Juan Reinaldo el Niño. A

Orlando, José María y Damián los Reyes Magos. El y Clodomiro Rosales figuran entre los que reciben sus parlamentos de Doctores. Los demás son los Angeles, Parranderos y Pastores. El Picure Linares queda a cargo de los versos para el contrapunteo.

La romería de velas parpadeantes va llenando las cuadras. En cada esquina una *Parada*. Y María sobre el asno, lastimera, agobiada, como cuando la fuga bíblica para salvar al Hijo perseguido.

—¿Habeis por ventura visto a quien deveras adora mi alma?.

—Madre que teneis hijos, buscadle y buscadle por el Dios de vuestros mayores.

La música de los aguinalderos llenando la caja de resonancia de los montes ocultos. El aire fresco cargando con la esencia de la magia interior de los pasteles.

—¿Habeis por ventura visto...?

—Por aquí pasó, como Don Simón, vayan a buscalo donde las Falcón.

El miche anisado y la mistela. El regocijo de las almas que se prenden del más allá para su bienandanza y salvación.

Los Doctores a caballo. ¿Por qué?... A uno

de ellos, *"y es justo al Oscurano"*, se le encabrita la bestia de golpe. Por unos instantes semeja una estatua ecuestre. "No le ajusteis tanto las bridas" le dicen. Entonces afloja y pica en los ijares. El animal da un salto y parte en estampida calle abajo, con su monigote encima. *"Más que monigote es un mandinga"*... Al rato regresa por su cuenta, en furioso tropel. Un muro de hombres lo quiere detener, pero entre resoplidos y sudores cruza hacia el río, tan violentamente que el espantapájaros casi larga los estribos. Lo siguen en turbamulta. Allá, junto a las aguas, se aquieta, como milagro de una doma involuntaria.

Ya al final, ante la casa del que había "robado" la figura venerada, se despliega el arcoiris de los versos encontrados.

Desde afuera, el acoso de los diligentes buscadores:

Abranme la puerta
que ese niño es mío
y el que lo robó
es sólo un impío.

Truena en el interior la estrofa de respuesta:

Síganlo buscando
porque aquí no ha estado
en paz de esta casa
no se hace pecado.

Así el torbellino de requerimientos y rechazos. Hasta que la puerta cede a las porfías del amor y del bien. Los vasos de horchata pasan de mano en mano entre los celebrantes.

Frente al nacimiento vivo, los *diálogos* sostienen la unción divina del silencio.

El es el primer Doctor que da su parecer de inseguro creyente:

—Dicen que en Belén nació un niño de cuya frente brotan destellos de luz.

Tercian los otros dos con sus negaciones y recelos atávicos.

Al Oscurano le salen las palabras como una admonición:

—Dudais porque sois paganos. Ya conocereis al verdadero Rey.

Cortines le comenta, como si se tratara de un informe pedido a plazo fijo:

—¿Sabes tú lo que es difícil?... Calcular cuántos adúlteros hay sobre la tierra. Depende de muchas cosas. De las costumbres, de lo que tengan o no tengan las gentes, de las creencias,

del respeto a la familia o a las mismas leyes. Y también, claro está, de lo que se mueve dentro de cada quien. Por eso es que dicen que cada cabeza es un mundo...

La afición a las estadísticas se le sale a Cortines por todos los poros. A cada instante y con cualquier pretexto. Hasta los actos más simples e intrascendentes de la vida quiere someterlos a escalas o medidas. Y sus interpretaciones de los hechos constituyen un monumento a la curiosidad.

—Unos lo hacen por gozo o enamoramiento que no aguantan, otros por conveniencias y otros más por pura sinvergüenzura... A estos últimos los llaman ociosos. Comienzan de la misma manera que en las drogas, por probar a lo que sabe; por vivir el caso para que después no les vengan con el cuento. Y así, de prueba en prueba, le van cogiendo el gusto, hasta que se quedan en el vicio... Esa es la situación. Por lo menos como aparece en artículos y declaraciones que se ven en la prensa, en comentarios de personas conocedoras a las que entrevistan hasta en la radio y también en películas que siempre le están sacando el jugo al tema. Porque ese es un rollo largo. ¡Dígame los culebrones de la televisión! Allí el adulterio es una especie de manía. Un propagandón gratis. Siempre el fulano triángulo amoroso. Como si estuvieran descubriendo la luna o le interesara a muchos. Ni a los mismos que lo hacen les importa... Fue inclusive como lo pude ver en una

obra de teatro, antes de caer aquí en chirona... Pero eso es más viejo que el chivo del almanaque. Lo nuevo es que hoy en día, en casi todos los casos, se le echa tierra a lo pasado. Sea porque el culpable alega que todo ocurrió sin estárselo buscando o porque ambos, marido y mujer, estaban de acuerdo para hacerlo sin estorbarse o, sencillamente, por razones prácticas... Ahora, para indicar una aproximación, podría decirse que el deporte de los cachos llega sin mucho apuro al setenta por ciento...

—¿Y a qué viene todo eso? ¿Qué es lo que te propones?

—Nada Reinaldo. Tranquilo. Nada contra ti por lo menos. Llámalo un juego para pasar el tiempo. Aunque si lo miramos por el lado bueno tiene su utilidad... Déjame seguir y ya verás.

Volvía divertido a la retahila de cálculos y los juicios pintorescos.

—Decía que, por los vientos que soplan, las tres cuartas partes del planeta están metidas en la fiesta de los dobles, que es como ahora la llaman... Parece una epidemia, pero es porque está menos escondida. Todo pasa ante los ojos de todos. Y nadie, ni personas ni países le paran. Eso por ejemplo de las penas a los adúlteros ha quedado solamente como pieza de museo... Fíjate, aquí tengo un recorte de periódico que guardé como cosa curiosa y porque en rea-

lidad a uno le llama la atención. Parece mentira. En Arabia Saudita los apedrean hasta matarlos. En Irán los fusilan. En Taiwán van a la cárcel por un año. En Chile las mujeres son encanadas por casi un año y medio, y los hombres por tres meses. En Brasil, desde quince días hasta seis meses... Eso es lo que dice este escrito. Pero, ¿y los demás países? ¿Francia? ¿Estados Unidos? ¿Alemania? ¿Holanda? ¿México? ¿Y hasta la misma Venezuela?... Bueno, paremos de contar. En todos esos es, cuando más, una causa de divorcio y se acabó... Cada quien pasa a otro y aquí no ha ocurrido nada.

—Eso es cabronería del mundo en que vivimos.

—No lo es Reinaldo. No lo veas de ese modo. Yo soy hombre casado, quiero a mi mujer y a mi casa, y no soy predicador del adulterio. Pero los tiempos han cambiado... Tú haces lo que puedes, pero ni tú ni yo tenemos la culpa. Es una realidad que nos rodea, que está junto a nosotros. ¿Cómo poder apartarla de un solo manotón?... Son cosas más profundas, como te digo, las que están en todo esto. Es lo que quiero que comprendas.

—¿Y por qué tengo que comprenderlo yo?.

—Porque eso te serviría para vivir mejor tu vida. Tienes muchos caminos por delante y un hijo que te espera. Además, con estar en esta

pocilga es suficiente castigo... Echale tierra, como tantos otros.

—En mi caso, todo es tiempo pasado.

—Así debería ser. Pero todavía no lo es completamente. Ese relato, como tú lo llamas, que has estado escribiendo, muestra la resaca que te queda por dentro.

C

1

TRATABA de cerrar la hoja de la puerta cuando lo empujó al centro del zaguán.

El Oscurano rodó como una masa fofa. Quedó recostado a la pared, con una rodilla apoyada en el piso.

—Era como quería verte, gusano... Ahora vas a podrirte en una cárcel.

Los lentes y la gorra habían ido a parar a la antesala. Las órbitas tenían el tamaño de la claraboya que se asomaba al patio.

—¿Te has vuelto loco compadre?... ¿Qué haces tú por aquí?.

—No me llames compadre, malparido. Voy a entregarte, pero primero tendrás que confesarte conmigo.

Sin perderlo de vista, intentó pasar el cerrojo con la izquierda. El hombre aprovechó una vacilación de mínimos segundos, desenfundó un arma y disparó. El impacto le dio en el hombro iquierdo y logró derribarlo. Otros dos disparos se cruzaron con los suyos. El Oscurano recibió un balazo en el estómago y uno más en la pierna derecha. Volvió a caer y largó la pistola.

El, ya incorporado, apartó de un puntapié la Colt 32 hacia un rincón.

—¡Habla!... ¿Fuiste tú el que preparó el accidente de Trujillo?.

La cara regordeta tenía color verdoso de pantano.

—Llévame siquiera hasta una silla.

—Arrástrate por tus propios medios —le ordenó—. Como siempre lo has hecho.

El cuerpo grueso empezó a deslizarse, pujando, maldiciendo. La estela roja era un retazo de alfombra. El también exhibía una mancha bermeja en la camisa.

"¿Cómo se enteraría? —cavilaba el rep-

tante—... Este carajo debe saber ya lo de la mujer... Por eso vino él mismo".

Llegó a un banco pequeño que estaba al lado de una cómoda mugrienta. Con mucho esfuerzo subió una nalga y después la otra. El lo espiaba con las dos llamaradas de su remordimiento.

—¿Y tienes el tupé —protestó— de dejarme morir?.

—Morir o no va a depender de ti, como otras veces... Si declaras tus trastadas y crímenes salvarás tu puerca vida. Y cuídate de intentar una jugada, porque ahí quedas.

—¿Qué es lo que quieres que te diga?

—¿Para eliminarme a mí, nos mandaste a todos a la muerte?.

—Esas son ideas tuyas. Nadie me podrá probar nada de lo que me estás echando encima.

La voz se empezaba a quebrar. Pero él no podía fiarse de las muecas o amagos de desfallecimiento. En un farsante natural, lo más probable era que se tratara de un ardid.

—¿Y por qué huiste bastardo? —lo increpó—. ¿Por qué te señalan de ser el causante del daño del camión?

—Me vine... porque cambié de parecer. Tenía compromisos acá... Yo no hice nada para que se volcaran.

—¿No hiciste nada?. ¿Y por qué no fuiste al enterarte?

—No me enteré... Me he dado cuenta por lo que estás diciendo.

"Está mintiendo —pensaba él—. Es tan astuto que a lo mejor espera convencerme".

—Era a mí, basura, al que querías liquidar, para salirte de la deuda por la mierda mujer que te trajiste...

—En eso... estamos de acuerdo. Es una mierda. Te la puedes llevar.

El honor ultrajado le cegó el raciocinio. Accionó el gatillo y otra bala perforó la pierna herida del contrario.

Las gotas de púrpura se convirtieron en un fino hilo surtidor.

"No creí nunca —se decía, entre sus retorcimientos— que este imbécil tuviera guáramo para enfrentarse a mí... Me equivoqué. No hay duda de que me quiere rematar".

—¿Vas entonces a dejar... que me desangre?... Serás un asesino.

—Cuenta maldito la verdad. Es mejor que lo hagas y no que te empeñes en mentir... Los treinta mil bolívares que se perdieron de la Granja y que tuve yo que reponer, te los robaste tú. ¿No es cierto?

El Oscurano había extendido el brazo izquierdo hacia la cómoda, indiferentemente, como para apoyarse.

—Nada tuve que ver... ¿Por qué me lo cargas todo a mí?... ¿Por qué no le preguntas a uno de los tramposos de ese pueblo?.

—En esa tierra el único ladrón has sido tú.

Comenzó a ver al Oscurano que oscilaba y el piso se balanceó bajo sus pies. La mano libre, apoyada en el bolsillo izquierdo del pantalón, removía entre sus dedos el líquido tibio y gelatinoso.

El burlador lo miraba de soslayo.

—Tú deberías saber —le dijo de repente— que el mundo es de los hombres audaces.

—Lo que quieres decir, patán, es "de los asaltantes".

El petulante retiró bruscamente un almohadón. Volaron unos naipes y con la misma zurda empezó a disparar la carga de un revólver.

Decía: "Si me dejas vivo no te salvas".

El respondió con mayor precisión. Un proyectil le entró en la tetilla izquierda al Oscurano. Otro le destruyó la cavidad bucal... Cayó hacia adelante, sobre el lienzo de su sangre, ya de color violáceo.

Se limpió el ardor de la mejilla, con la mano donde tuvo el revólver. Miró el bulto tragicómico. Y buscó la salida.

Cuando avanzaba por el zaguán sentía los pasos de los que lo llevaban a las bocas de los fusiles para la ejecución.

2

IBA en vilo hacia atrás, vertiginosamente, como colgando de las nubes.

Intuía que a un lado los tablones de caña se agachaban para que el deslizamiento fuera más expedito. Al otro, los barrancos que caían sobre la playa pasaban difuminados en un veloz tropel hacia adelante.

¿Cuántos años tendría entonces? ¿Siete, ocho quizás?... Sólo recuerda que en aquella fantástica experiencia solía agotar largos trechos de muchas tardes solitarias. Era su diversión predilecta y el secreto más recónditamente alimentado.

Sobre la oscilación del vasto tallo de palmera, tendido como puente de una orilla a la otra, en el paso más angosto del río, buscaba acomodo, en todo el centro, con las cotizas descolgadas hacia las vecindades de la flor del agua. Sembraba la mirada en la corriente, casi sin pestañear, abstraído de los techos de bambú, del bambolear de los corozos y del canto mortecino de los gallos. Allí empezaba el viaje alucinante.

Le era fácil andar por las carreteras diminutas, que en tierras lejanas estaban destinadas al tránsito exclusivo de los niños. Con su carro igualmente diminuto, que él mismo había construído, se internaba en el embrujo de las barajitas de colores —tesoro deslumbrante también para el tío Alcides— y desembocaba de repente ante el caudal que ni pensarlo podría cubrir el ansia de los ojos en la vastedad del Orinoco; o ascendía, tiritando, por los ventisqueros donde el pico Bolívar juntaba su soledad con la del cielo; o recorría, en una y mil direcciones, el ardor de la sabana, en la que las puntas de ganado más bien parecían manchas de monte espeso.

Así, trotamundos incansable, había testimoniado su devoción a los héroes frente a la fachada venerable del Panteón Nacional; palpado los estragos del tiempo en los muros y armas salitrosas del Castillo de Santa Rosa en Margarita; reconocido el cobijo amable de los

tamarindos e higueras de la Quinta de San Pedro Alejandrino....

Esas y otras vivencias iluminaban el mundo de su infancia.

Pero ahora no le es posible, por ejemplo, establecer con propiedad si la primera vez que estuvo en el Samán de Güere fue en un sueño o en una de aquellas transportaciones, tan verdaderas como la propia realidad... Sabe eso sí que antes de sus estudios para Perito Agropecuario, iniciados a los quince años, jamás había pisado la campiña aragüeña ni ningún otro lugar de la región central. Y sin embargo, cuando en esa época llegó al sitio donde se levantaba el árbol famoso, que había brindado sombra a las tropas de Bolívar y admirado al sabio Humboldt, experimentó la sensación de hallarse en un lugar conocido desde hacía largo tiempo... Bajó del autobús cerca de la redoma, y el aluvión de follajes que bordeaban la vía y las lomas cercanas y hasta el mismo aire le resultaban familiares. Se aproximó a la verja protectora y allí estaba el leño agónico, cimbrado por la historia, y la inscripción que recogía sus glorias de patriarca vegetal y que él se sabía de memoria desde cuando tuvo uso de razón.

Del mismo modo, la incertidumbre lo asalta en el momento de querer explicarse otros encuentros con similares revelaciones de sus propias huellas.

La única vez que visitó los Médanos de Coro, en unas vacaciones dedicadas enteramente a la persistencia de su mujer Ernidia y al comprensible alborozo de su hijo Juan Reinaldo, "eximido" entonces del examen escolar, supo de entrada que ya había estado allí. Sintió incluso la misma fatiga y el fuego de la arena entre las capelladas al ascender la primera colina. El niñito se revolcaba, rodando con fruición por las laderas, como él lo hiciera, casi hasta el rayar de la insolación, en sus escapadas de la temprana edad. Y hasta les dijo: "Si caminamos hacia allá, hacia aquél mogote de cujíes, y bajamos a la derecha, encontraremos el lugar donde están los camellos". Como en efecto resultó... Montaron en dos de ellos, para andar y desandar los lomos de aquellos promontorios yermos y al mismo tiempo cautivantes... Sólo fue distinto en esta otra ocasión que los camellos no volaron de una cima a la otra y que el mar no irrumpió entre las hondonadas para poner a navegar barcos gigantes hechos de tunas multicolores.

Como pasó en Guanare, a la hora de pagar una promesa ante la Virgen de Coromoto... Cinco kilómetros antes de la capilla de la santa patrona, se descalzó e inició con devoción el periplo de la ofrenda. Las curvas del camino, los olores a mastranto que se arrastraban desde el llano y sobre todo las voces de las gentes le movían los recuerdos. Y cuando vio a la mujer correr en sentido contrario, también descalza, en una huída endemoniada, comprendió que

se trataba de la misma que hasta hacía poco había estado entre los peregrinos, aparentemente tranquila, tomada del brazo de un hombre treintañero, tan devoto de ella como del mismo altar... Le faltaban aún casi dos mil metros, pero pudo reconstruir en fracciones de segundos la escena total, con el trasfondo que tenía la lejana estampa infantil... La masa feligresa se apretujaba, con vestidos de los más extraños colores, alrededor de la sagrada imagen. Imploraban por el retorno y salvación de la prófuga. ¿Un alma en penas? Y eso era todo. Nadie intentaba una acción piadosa. Estaban atados por la unción del rosario... Exactamente igual, como en la antevisión. Como en ella también, sólo la Virgen mostraba su intención bienhechora. Se inclinaba hacia adelante, para que todos comprendieran el deber de partir en procesión al rescate de aquella ánima sola... El redobló su sacrificio y en plantas descubiertas hizo otra vez el recorrido solemne que ya había ejecutado y aposentado para siempre en su ser.

Lo que sí le ha resultado absolutamente diferente en su esencia es el desenlace de esta realidad que ahora lo envuelve. Y sabe que es más un sueño que delirio. Porque jamás representación alguna cuando niño pudo armar el juego inocente de trasladarlo a un mundo ni siquiera presentido como éste... ¿Cuánto daría para que la forma como estuvo aquí primero fuese la consagrada por uno de aquellos viajes alucinantes que le adelantaron otras realidades de su vida?

El venía al Centro Penitenciario, en un gran automóvil negro, a visitar a un preso, amigo de un colega. Había sido invitado por obra de la casualidad. El colega, diputado de influencia, pertenecía al círculo de íntimos del señor Gobernador y esa era la explicación de que el traslado hasta el penal se hiciera en el vehículo oficial de la primera autoridad del Estado... En el trayecto, la conversación caía como un relleno simplemente. "Los primeros años de la pena los compartió ese muchacho con nosotros en la cárcel de Maracaibo, cuando éramos presos políticos. Y hasta lo enseñamos a leer. Ahora le tenemos casi listo el indulto con el Presidente. Ya lleva doce de los dieciocho que le echaron"... "En un momento lo hago sacar hasta la oficina del director para que lo veas y lo saludes. Aquí no hay más presidente que yo en muchos kilómetros a la redonda y de algo debe servirme eso, ¿no es así?"... Llegaban. Nadie más decía nada. Ni él ni un taciturno escritor que figuraba también como acompañante... Entraban y en grupo con el Alcaide del presidio recorrían parte de las instalaciones. Pasillos, talleres, oficinas. Desde lejos se veían los pabellones y patios. Al rato traían al preso, vestido con unas bragas como de lona, de color naranja. Hablaban media hora y lo devolvían al calabozo. La visita terminaba y otra vez por los pasillos hacia el sol de la calle.

Esa misma visión persistía cuando entró en carne y hueso como nuevo cliente de las celdas, procedente de Caracas. Solamente que

fue así, como un número más de los condenados al infierno y no como visitante.

Está seguro eso sí de que es más un sueño de adulto que fantasía de muchacho invencionero. Aunque de todos modos va en vilo hacia atrás, vertiginosamente.

3

LA mujer recibió el bulto postal y no quería creer que fuera para ella.

Decía que no, que de nadie esperaba el envío de encomiendas. Se negaba. Y volvió a poner el paquete en manos del cartero.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntaba él—.

—Ernidia Josefina.

—Entonces sí es para usted señora. Fíjese en lo que tiene escrito y en la guía: "Señora Ernidia Villasmil. Calle Barinas N° 84. Catia. Ciudad".

Firmó el libro y tomó la extraña caja. Estaba envuelta en papel grueso de color marrón claro. Pesaba más o menos dos kilos.

Se intrigaba más porque el nombre del remitente, Antero Castrillejo, le era desconocido. "¿Quién puede ser? ¿De dónde?", se decía.

La puso sobre la mesa redonda del comedor. Agarró un cuchillo filoso y empezó a romper por las uniones de la parte de arriba. Desprendió el envoltorio. Luego abrió las dos tapas de cartón.

Un grito de horror se oyó en toda la cuadra.

Dentro estaba, envuelta en una bolsa de papel celofán, la cabeza amarillenta del Oscurano Clodomiro Rosales. Tenía los ojos entrecerrados y parecía que hiciera guiños. La boca se veía desflecada.

Ella sintió un temblor como de ataque epiléptico en el cuerpo. Se torció sobre la mesa. Y así estuvo por un largo tiempo, en el silencio de la desaliñada vivienda, con un asomo de hipo.

Después reventó en risas y aplausos... De seguidas se tomó con las puntas de los dedos, delicadamente, la falda de rayas diagonales y se puso a danzar alrededor. Bailaba, adelantando un pie, con garbo y elegancia.

Al mucho rato se detuvo. Fue al guardarropa y trajo un gancho de alambre, que acomodó en forma de garfio. Sacó el cráneo friolento y lo colgó por el occipucio. Salió a la puerta y allí dejó prendido el horrendo presente.

Cogió la mitad de la calle y emprendió veloz carrera con los brazos abiertos. Ya al final de la cuadra se había quedado con el fondo blanco de seda solamente. De esa manera continuó, con la cara levantada y un grito de guerra que, por trechos, le salía de las entrañas: "Voy a que me fusilen junto a él".

Llegó a la estación Pérez Bonalde y bajó al nivel subterráneo del Metro. Varios, sorprendidos, decidieron seguirla con el fin de darle alcance y detener su fuga. Iba adelante, por la línea de rieles, envuelta en el tul de la mañana de la boda. Y el montón de perseguidores —cuarenta, ochenta, cien— formaban el cortejo.

El le ponía el anillo y le decía: "Te adoro. Para siempre". La besaba. Y los pálpitos de ambos se juntaban.

Cuando se apagaba o se perdía el Ave María, la nave se llenaba nuevamente con el grito: "Voy a que me fusilen junto a él".

Vio la luz meridiana de la Plaza Sucre y ella salió por las gradas del templo. Siguió por la avenida. Todos los concurrentes vitoreaban

su paso. Gozaba con la lluvia de arroz sobre su cabellera. Y en un promontorio alto que le salió al encuentro, a un costado de la vía, reconoció al adorado que le tendía los brazos. Se lanzó en ellos, bordada en dicha y abandono. "Voy a que me fusilen junto a él".

No llegó al fondo. Los ojos de las gentes la vieron quedarse suspendida en la cálida brisa que trepa desde el mar.

Reinaldo Franquínez cierra el cuaderno. Ha concluido la página final de su ansiado relato.

Esta edición de 3.000 ejemplares
se terminó de imprimir en la
Editorial Fotograbado Motta, s.r.l.
en Caracas, Venezuela, el día
12 de abril de 1983